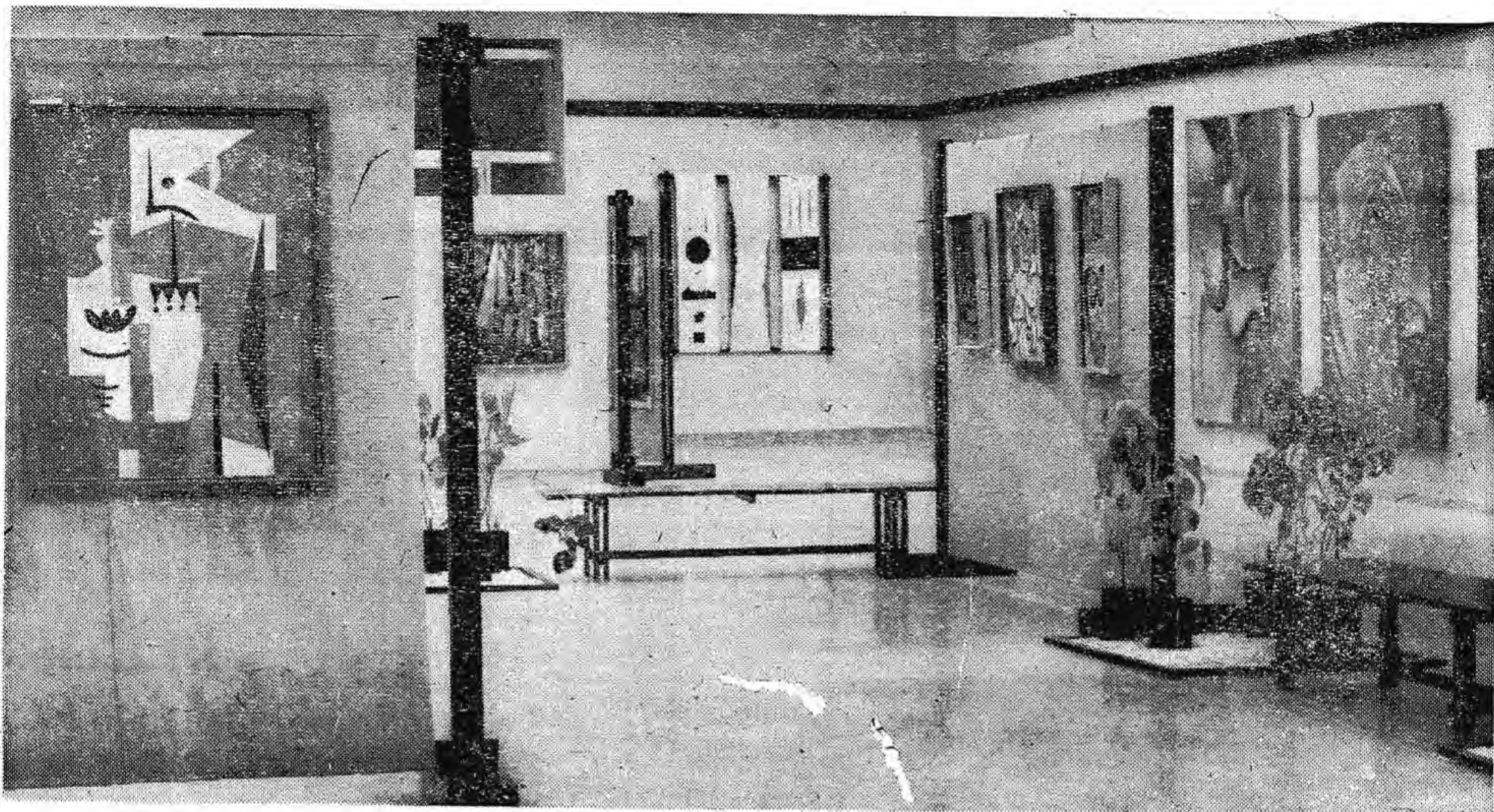
EL SALON NACIONAL DE PINTURA Y ESCULTURA por severo sarduy. POEMAS DE ALFREDO FERNANDEZ PEREZ LA VOZ DE LAS PAREDES por josé a. baragaño fotos de jesse fernandez LA [illegible] ESCALERA por [illegible] DIBUJOS DE [illegible]

LUNES DE REVOLUCION

Director: guillermo cabrera infante
Subdirector: pablo armando fernández

Portada: de luis alonso

número 31
octubre 19 de 1959



EL SALON NACIONAL DE

por severo sarduy



Servando Cabrera Moreno
"Paisaje desde el horizonte", óleo.

fotos de julio berestein



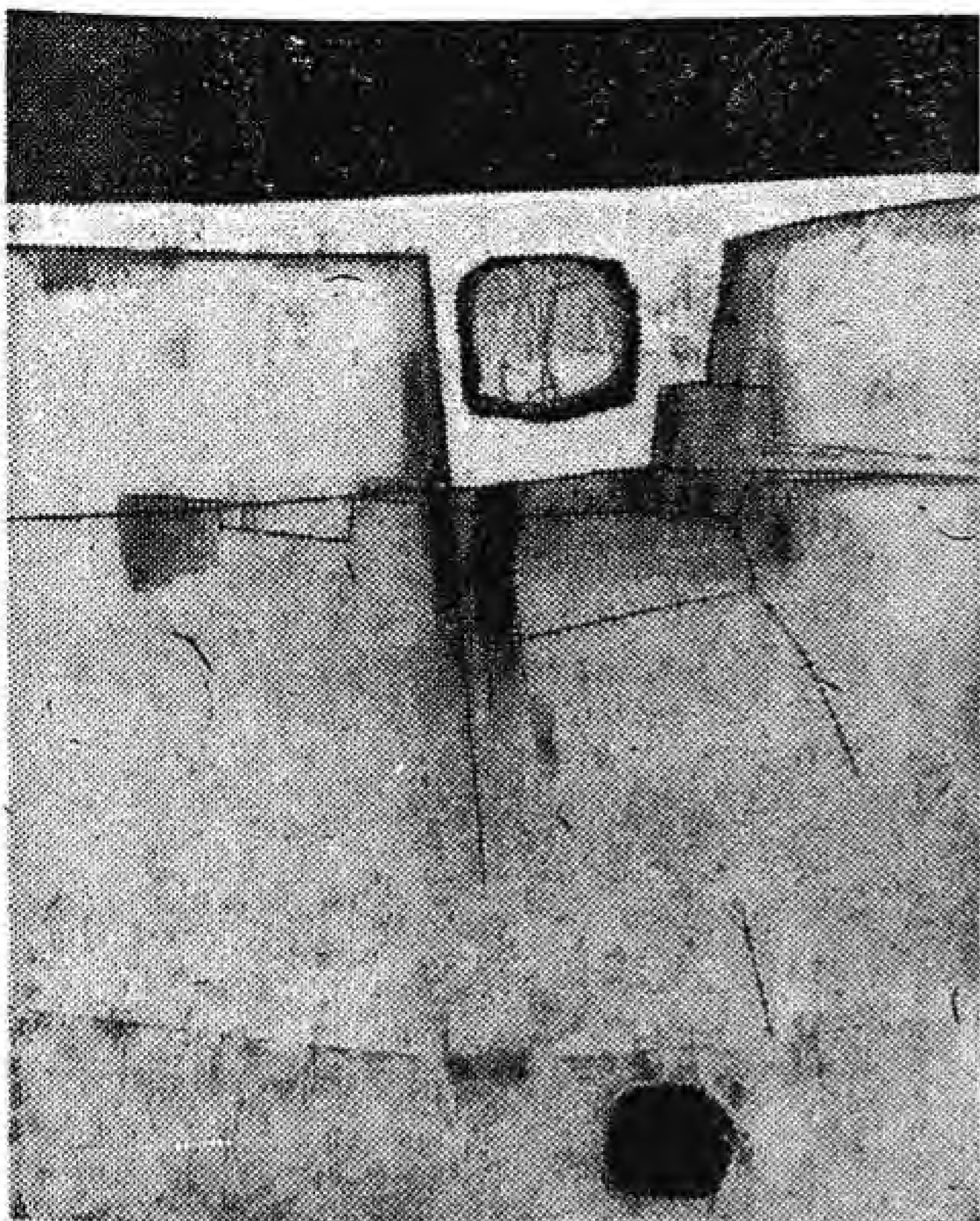
Ana Rosa Gutiérrez
"Interior", óleo.

QUE EN CUBA hay pintura, que existe lo que tanto se ha temido llamar pintura cubana, y que no queda espacio ya para los intelectuales derrotistas, que, de espaldas a los postulados básicos de nuestra poderosa Revolución, se empeñan en negar todo valor a lo más genuino de nuestro arte, es lo que nos demuestran, de una manera categórica, las dos salas repletas de pintura que en general se pudiera llamar buena, de nuestro Salón Nacional de Pintura y Escultura, que la Dirección General de Cultura de Ministerio de Educación, exhibe en el Palacio de Bellas Artes, como un festejo jubiloso, con la participación de los pintores más jóvenes y los menos conocidos, que destruye lo que hasta hace un año era latifundio cultural y "piña".

Desigual, si se quiere, con grandes "saltos" históricos y figuras aisladas, con períodos de casi total importación, nuestra pintura logra integrarse como un movimiento sólido que nos representa, más allá de todos los tipicismos baratos y las anécdotas fáciles, sin una apelación a



Amelia Peláez
"Naturaleza Muerta", óleo.

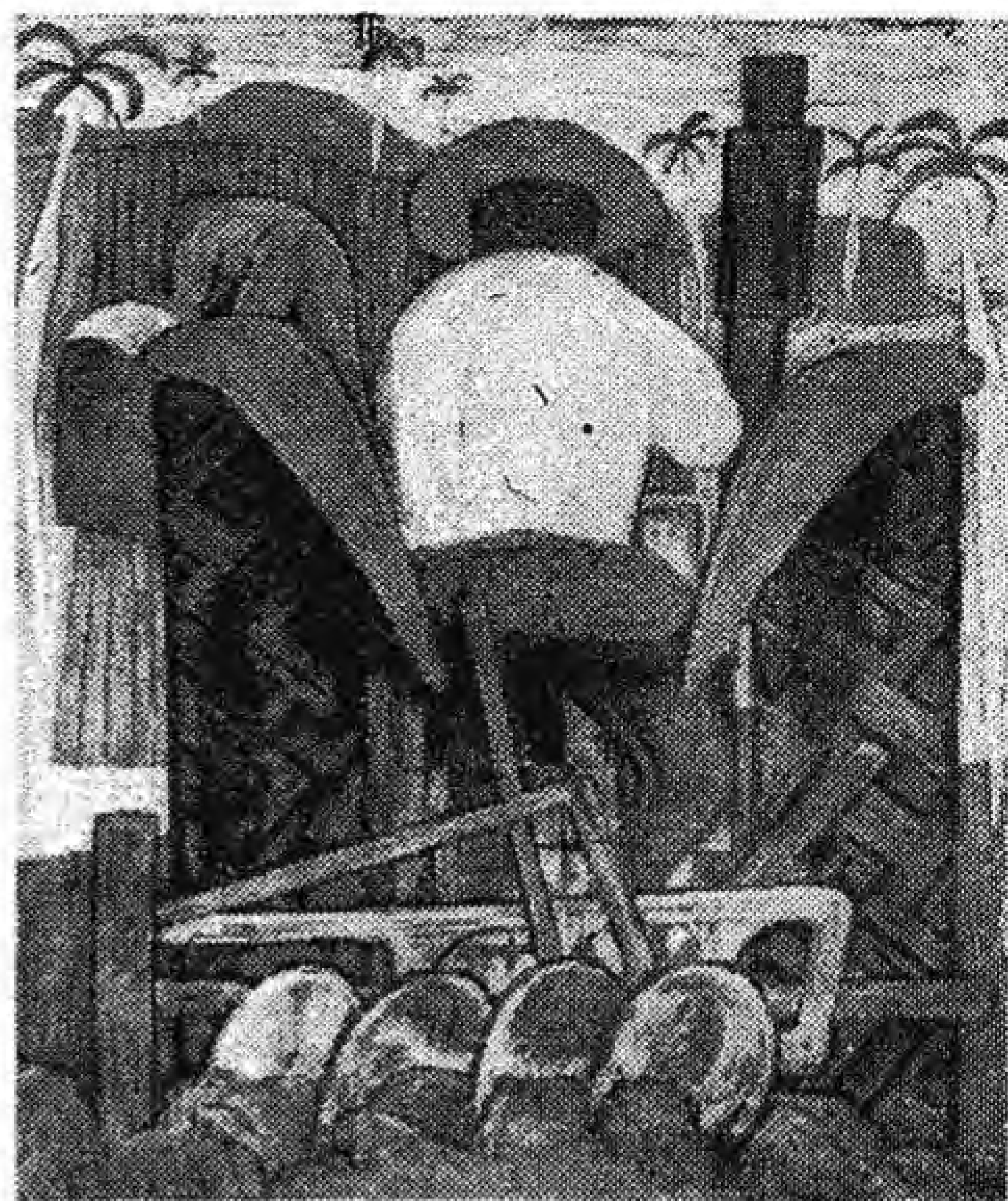


Hugo Consuegra
"Anterior y posterior", óleo.

beldia, no sólo contra los empolvados profesores de la Academia sino contra la burgesía de nuestra sociedad de la época.

En el otro extremo, en el de la pintura actual, —la pintura de Víctor trasciende sólo los límites de impresionismo— están dos escuelas de pintura abstracta que han alcanzado ya su mejor momento. Los pintores tachistas, jóvenes en su mayoría, y los concretos, —una derivación basada en la geometría, que desde hace algunos años se está trabajando en Europa— que son viejos trabajadores de la plástica nacional. Entre estas dos tendencias hay un grupo que parece trabajar sobre derivaciones del surrealismo.

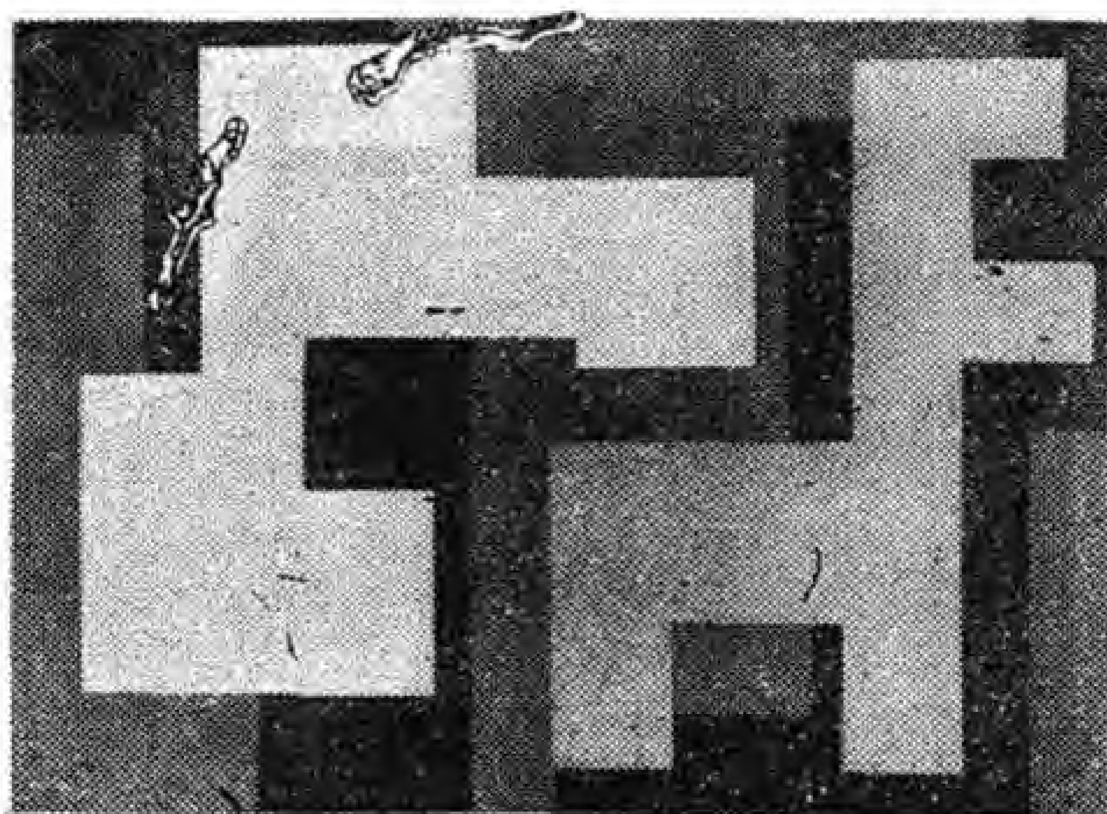
Es cierta, lo reconozco, la supremacía, no sólo cuantitativa sino también cualitativa, si exceptuamos dos o tres obras, de la pintura abstracta. Reconozco también que en muchos de los trabajos se ha obrado con excesiva gratuidad, y. creo por último, que el logro de una pintura nacional que responda a los temas y necesidades de la Revolución, es una inquietud que los pintores debían tener muy presente. Pero más presente debían tener los que por este arte desdeñan todo lo creado, que hacia él iremos sólo con



Idigio Benítez
"Guajiro Arando", óleo.

lo nacional que resulte fotostática, pero guardando el espíritu de nuestra nacionalidad, estallando en la sensualidad tropical —hay que perder el ridículo pudor intelectual a estas palabras— de nuestros colores, en la suavidad, tan bien comprendida por Víctor Manuel, de nuestras formas.

Una sola cara, un solo tema, —me refutan— no es suficiente material para hacer un pintor; pero en el caso específico de Víctor Manuel, a quien el Salón Nacional rinde homenaje con una exposición personal de lo más representativo de su obra, esa cara y ese tema, son la experiencia y resumen de una larga y fecunda re-

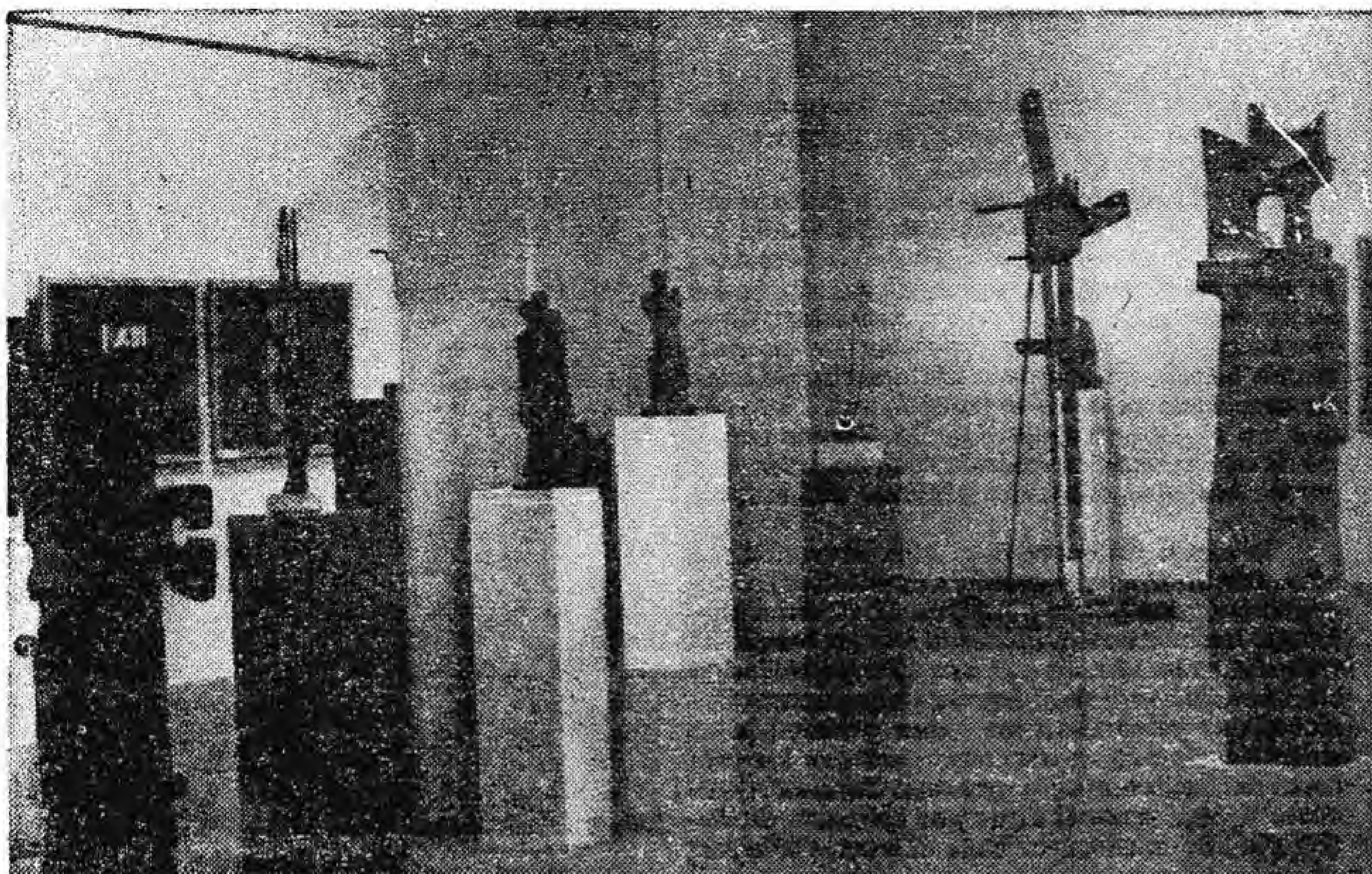


Mijares
"Abstracto", óleo.

el trabajo evolucionado y con la fe absoluta en nosotros mismos, y nunca importando elementos de lo que en otro país puede resultar una pintura genuinamente nacional —en México por ejemplo— que la mayoría de las veces han sido trasladados a diestra y siniestra, sin asimilación ninguna. Así, de momento, en una calle habanera, —tal como lo vaticinaba en un artículo publicado en los primeros días de Enero— nos sorprenden las figuras chatas, trabajados en terracotas y ocres, que tanta veces hemos visto en los murales genuinamente nacionales y si se quiere de gran impacto popular del mexicano Diego Rivera.

PINTURA Y ESCULTURA

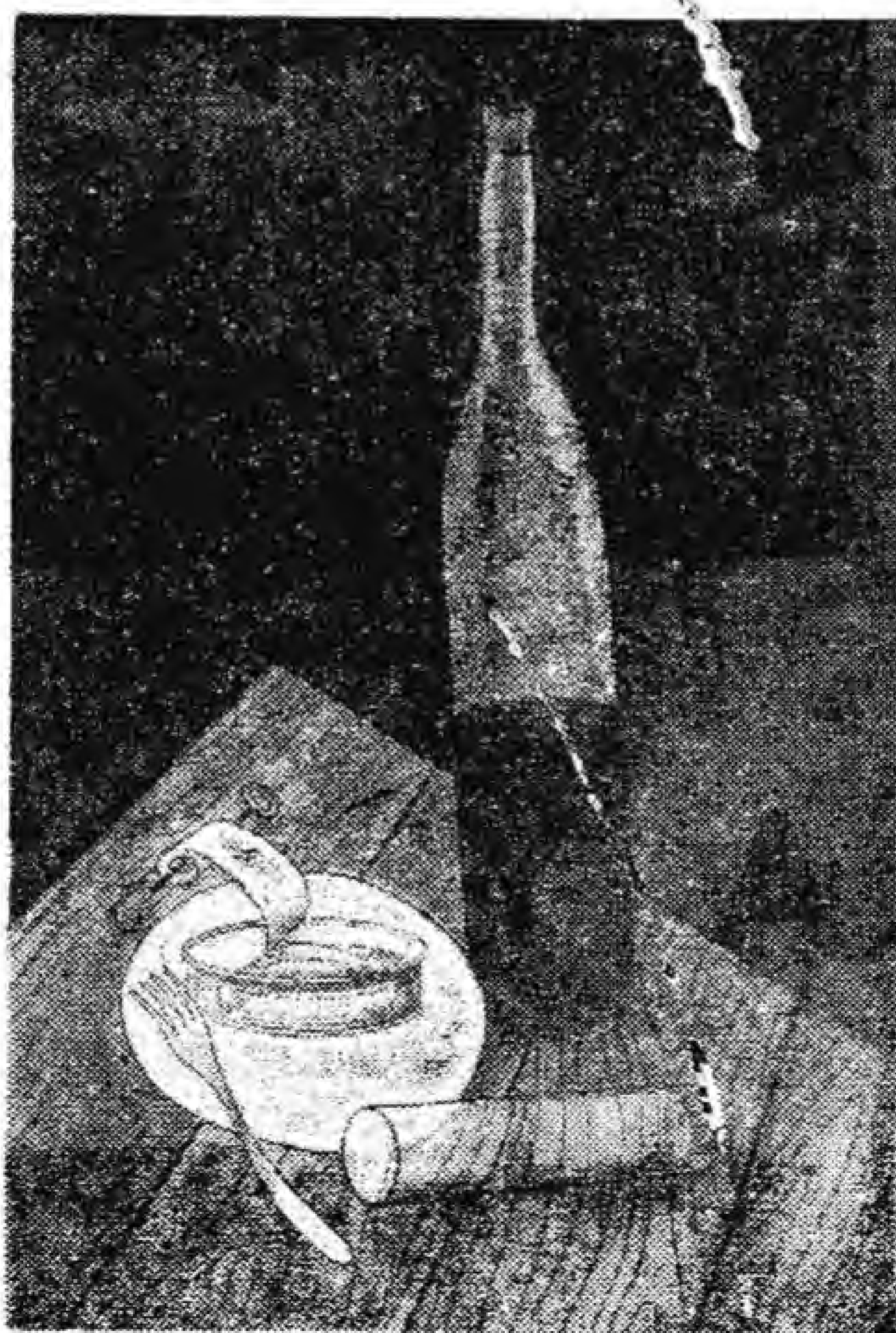




Por otra parte, no creo que el trabajar sobre figuras o no, añadirá nada, en cuanto a calidad plástica se refiere, a un cuadro. Entre los abstractos, —no quisiera citar nombres para no hacer listas interminables que me restarían espacio al que necesito para mover conceptos— hay verdaderos logros y creo que gran parte del material enviado pudo ser seleccionado; mientras que las figuras, debido a la inundación de retratos de barbudos que aunque responden a un júbilo muy loable de nuestro pueblo por el triunfo de la Revolución —y del cual participo— estaban, precisamente porque no habían sido trabajados por pintores de oficios, mal pintadas.

Con respecto a las esculturas, también predominio de lo abstracto, aunque el trabajo en maderas cubanas, a las cuales muchos de los escultores le han sacado todo el partido que su magnífico material brinda, revela las posibilidades de una escultura trabajada con nuestros elementos

El Salón, en fin, tiene valor como revisión general de lo que aquí se hace, y como panorama de la plástica de este momento, que aunque algo uniforme, demuestra cierta ebullición interior que hace sospechar, la aparición en breve, de otro de sus momentos mejores.



Julio Herrera Zapata
"Sardinas", óleo.



CARTAS DE LUNES

¿Hasta cuándo van a bombardearnos con artículos de gentes que ni son conocidas ni le interesan al pueblo de Cuba? Aquí, a pesar de la HEROICA REVOLUCION no se hace más que tratar asuntos desligados de la realidad nacional. LUNES debe estar por entero dedicado a los escritores y artistas del patio a la REVOLUCION y a sus LIDERES. ¿Qué pasa que se le da preferencia a un argentino, a un francés y un pintor europeo, cuando aquí los hay tan buenos o mejores que todos ellos? No olviden que Cuba es de los cubanos y la REVOLUCION es de los REVOLUCIONARIOS.

Marcos Jiménez
Calle 17 No. 105
Vedado, Habana.

Yo no voy a leer más ese Magazine que ustedes publican porque no saben hacer otras cosas que publicar indecencias, irreverencias y pedanterías. Desde que salió aquella noveluca de "LA SEÑORITA CORAZONES SOLITARIOS" prometí dejar mi subscripción pero luego decidí continuar recibiendo el periódico. Ahora, ya no. Basta de basura!

Una maestra de la Víbora.

Es una lastima que esa revista "Lunes de Revolución" tan fina e inteligente insista en publicar esos cuentos de mal gusto, que la ponen a una nerviosa y de mal humor. ¿Por qué se suicida la novia en "Abril es el mes más cruel"? Eso no es justo. Tan felices que parecían! Confieso que después de leer ese cuento ni aunque me coronen de oro vuelvo a leer otro cuento en "Lunes" si no me prometen ser más considerados con la sensibilidad de los lectores. ¿No pueden hacer algo para que esa linda pareja no se separe?

Hilda Rodríguez
Virtudes No. 1
La Habana.

He seguido lunes a lunes su suplemento literario y los conservo, pero sobretodo el último me emocionó grandemente por estar dedicado a Emilio Ballagas por lo cuidado y justo de este número.

Maritza Alonso
La Habana.

Créame que me siento realmente interesado en el desenvolvimiento de "LUNES DE REVOLUCION". Durante décadas, Cuba ha padecido la ausencia total de un órgano verdaderamente literario y capaz de llegar a las más diversas esferas populares.

Julián Chacón

Calle de Gumá No. 16-B
Matanzas

El número de "LUNES" dedicado a Emilio Ballagas me pareció excelente. Lo he leído muchas veces considerando que ese número hace justicia al poeta y a la poesía cubana. Hay trabajos que son una verdadera revelación. Felicito a sus directores.

Fuah Enrique Zeik
Victoria de Las Tunas,
Oriente.

Los dibujos de Luis Alonso publicados en "Lunes de Revolución" del día 12 de este mes son plagiados de un "Pocket Book" titulado "100 Boxers Jokes" que se editó en el año 54.

Mayra Amaya
Maceo 54
Pinar del Río.

PUNTO DE MIRA

TODO AL REVES
(Carta abierta a Guillermo Cabrera Infante)

Sr. Guillermo Cabrera Infante
Director de "Lunes de REVOLUCION"
Compañero en las letras:

Leo hoy a "El Escriba". Dice algo, en verdad, sorpresivo. Para fijar bien el contenido organizado del tema vamos a reproducir lo que "El Escriba" asevera:

"Me dicen Guillermo Cabrera Infante y Pablo Armando Fernández, Director y Subdirector respectivamente del magazine LUNES DE REVOLUCION: "Nunca hemos logrado tener por adelantado dos o tres números del magazine. La gente no manda colaboraciones. Nos pasamos la vida martillando y aún así el material que nos cae resulta bien escaso. Dentro de este material son poemas lo que más abunda, algunos cuentos y prácticamente ningún ensayo. Después se quejan porque el magazine peca de exceso de traducciones, pero si ellos no mandan nada o muy poco, ¿cómo confeccionar nuestros números con un material netamente nacional?"

Pero, ¿cómo "El Escriba" no sabe que ello es al revés completamente? En Cuba, amigo Cabrera Infante, además de usted, de Pablo Armando Fernández, de Fayad y de Fernández Retamar, hay una pléyade notabilísima de jóvenes dedicados a las letras. Se lo asevero a toda responsabilidad. Y tienen una obra —fíjese en los adjetivos— organizada, valiosa, abundante. La mayoría de ellos con libros en proyecto, listos para las rotativas careras. El periodismo los salva, un tanto, pero en heroicos canales únicos: "Excélsior" y la modesta revista "Iris" con la que tengo un poco que ver.

Le citaré nombres —muchos nombres. Algunos, hasta usted los conoce; otros los ha oído mentar. Llevan el amor a la limpia creación literaria y su producción llenaría varios ejmplares de "Lunes de REVOLUCION" cada semana... Pero, ¿cuándo fueron invitados por el semanario meritorio que usted dirige? ¿Quiere ver si tienen obra o no? Publique esta carta en integridad —usted asegura tener espacio— y ponga debajo, como suya, una notica aceptando que ellos le remitan sus producciones. Se sorprenderá, compañero. ¡Ya lo verá!

Van los nombres:

Elena G. Lavín, Estrella Brito Burón, Dixi Guira, Nivaria Tejera, Sara Pastora Fernández, Ana Rosa Núñez, Maggie Díaz Milián, Dora Varona, Pura del Prado, Carilda Oliver Labra, Marta Vignier, Rafaela Chacón Nardi, Mercedes Mesa, Ana Núñez Machín, Nilda García Alemán, Gladys Solera Ledo, Thelma Fernández Alemán, Rita María Geada, María Josefa Ramírez, Conchita Jiménez Rosas, Magali del Real, Nela del Rosario, Isel, Marisu Solís A., Rosario Antuña, Caridad Gallo...

Rolando Campins, Juan Jesús Cisneros, José Guerra Flores, Angel Cuadra, Jorge Roche, Angel N. Pou, René Ariza, René Ascuy, Joaquín G. Santana, Romualdo Suárez, Ricardo B. Curbelo, Rafael Rubiera, Nicanor León Cotgyo, Fuentes Montalvo, Vidal Urbino, Manuel Díaz Martínez, Luis Angel Casas, Antonio Giraudier, Baltasar Enero, Ramón Azarloza, Isidora Núñez Miró, Isidro Suárez Vega, Ernesto Carmenate, Enrique Barnet, Gastón Varona Benítez, Roberto Cazorlas, Segundo H. Leiva Casay, Francisco Chofre, Carlos Casanova, Alberto Acosta, David Fernández...

Invítelos usted, Cabrera Infante. Entonces no tendrá que lamentarse más de tener que publicar improcedentes traducciones. La juventud literaria cubana, admirado cuentista, es de veras asombrosa.

Le saluda,

Odilio González

Este asunto de las publicaciones en el Magazine no hay que reducirlo necesariamente al absurdo. A pesar de que el Magazine no tiene mucho material literario a su disposición: a pesar también de que ustedes afirman y lo demuestran con las firmas que siguen a la carta abierta que casi forman una legión sagrada, las cosas, tal como están planteadas, se pueden resolver en la siguiente forma: partiendo de la base que el criterio del magazine es el de la selección por calidad de los trabajos, no vemos inconveniento alguno en que todos los escritores envíen sus trabajos a fin de ser publicados. Es decir publicados si publicables. No existe otra norma en nuestra casa. Por otra parte alguna de esas personas que firman la carta ha publicado en LUNES DE REVOLUCION. Por ejemplo, Nivaria Tejera. A esta escritora se le publicó en vista de la bondad de sus escritos. Si los escritos de esos jóvenes igualan en bondad a los de la señora Tejera sin duda que tendremos sumo placer en incluirlos, y rápidamente, en nuestra publicación. Somos de los que creemos que la literatura cubana necesita ensanchar el estrecho margen de producción en que hasta ahora nos hemos movido. El tono de su carta y esa patética presentación de más de cincuenta firmas, abogando por una pronta salida a la arena literaria, nos conmueve y nos anima a proseguir nuestra labor de divulgación de nuestra literatura.

UN "ESCANDALO" DIGNO DE ALARCON

Las últimas semanas el cable ha difundido con insistencia las alternativas de la prisión del periodista argentino Luis Ernesto González O'Donnell, detenido por orden de un juez militar y liberado al cabo de una campaña intensa dentro y fuera de su país. El hecho no es excepcional en Argentina y ahora mismo otro periodista, Jorge González Naya, continúa encarcelado por haber revelado detalles del mismo asunto que determinara la prisión de González O'Donnell.

El episodio pone de nuevo sobre la mesa uno de los temas esenciales de la libertad de prensa. Se trata de saber si el periodista debe o no conservar celosamente el secreto sobre las fuentes en las cuales se informa y si una averiguación judicial puede obligarlo a descubrir la identidad de sus informantes. Este aspecto ha sido defendido en América y en Europa cada vez que fué planteado, pero seguramente nunca ha asumido las proporciones de escándalo que alcanzó ahora en Argentina. Porque allí no se trata de una investigación judicial sino del sumario instruído por un capitán del ejército para determinar la filtración de noticias relativas a la venta de armas cuyo destino final resulta sumamente sospechoso. Es decir, que un tribunal profesional convocaba por la fuerza a un profesional de otra especialidad, hecho que permitió a González O'Donnell afirmar que se negaba a declarar del mismo modo que se negaría a hacerlo ante un tribunal médico o deportivo puesto que ni la medicina ni el deporte eran su actividad habitual.

La prisión de González O'Donnell desató una ola de adhesiones en el periodismo continental y también en sectores políticos de diversas tendencias. Curiosamente, la asamblea de la SIP reunida en San Francisco no opinó sobre su injusto encarcelamiento. La explicación, a juicio del importante periódico "Azul y Blanco", de Buenos Aires, consiste en que "González O'Donnell pertenece a una agencia que actúa al margen de los voraces monopolios de información." "Por consiguiente —prosigue— no está protegido por esa auténtica internacional del dinero cuyas redes publicitarias que se extienden por todo el mundo sirven los intereses diversos y, sin embargo, coherentes de las centrales imperialistas. El periódico argentino dice más adelante "¿Qué hubiera sucedido, si González O'Donnell en lugar de ser jefe de corresponsales de la incipiente Prensa Latina desempeñara iguales tareas en la Reuter o en Associated Press o en cualquier otra empresa de la cadena controlada por la Prensa Extranjera? Hubiera habido un escándalo digno de Alarcón, hubiera funcionado resortes de la libertad de prensa, las diversas formas de intervención con que la internacional amarilla y sus agentes presionan cada vez con más vehemencia sobre los "gobiernos" locales sin autoridad y sin pueblo".



Luis Ernesto González O'Donnell

La libertad de González O'Donnell es para "LUNES" un motivo de satisfacción doble, porque él es un amigo de la revolución cubana y de nuestro suplemento, en cuyas páginas escribió mientras estuvo en La Habana, hace pocos meses.

POEMAS DE ALFREDO FERNANDEZ PEREZ



Alfredo Fernández Pérez nació en La Yaya, Oriente, en 1911. No ha viajado, ni dentro ni fuera del país; salvo dos viajes a La Habana, cortos, dolorosos; uno: preso durante la tiranía de Machado y otro: a dejar a su hijo, que el cáncer devoró adolescente. Sus estudios, los que le permitió realizar la Escuela Pública del Central "Delicias", donde reside y trabaja como mecánico. Sus lecturas, las pocas que el azar le ha proporcionado, han enriquecido su experiencia vital, contribuyendo sólo en lo "necesario" al acervo tradicional. Poesía la suya, —hasta el presente inédita— agreste, por la ausencia de las mil formas —ismos y abismos— que han vapuleado a la poesía en lo que va de siglo. Poesía centrada en sí misma, exenta de retórica, de palabrería (que no de palabras); de ese misterio "tan en boga" concebido a priori, de interrogantes e interrogaciones. Poesía exenta de búsqueda minuciosa en otras literaturas, en la literatura. Poesía vegetal sin flora; animal sin fauna. Donde el paisaje —mar, playa, horizonte, guardarraya, matorral o casa— no corresponden a ninguna intención plástica, sino al ámbito del poeta, que él elige para sus meditaciones. Poesía en función del pensamiento, de la sensibilidad, de la labor que debe hacerse en silencio, como el poeta sugiere. En fin si la poesía es una, indivisible y eterna, ésta que "LUNES" recoge hoy en sus páginas, es esa poesía. Poemas escritos entre 1926 y 1938, con excepción de LA ARAÑA, esa página cristiana, donde la araña —el cáncer— que atrapa y devora a su hijo, mirada como una criatura de Dios, no es repulsiva, ni debe temérsele. Poesía para ser sentida.

R

Solitario, junto al mar
yace un árbol derruído,
a su tronco carcomido
viene un ave a descansar.

Voy cruzando por la arena
de la playa, silencioso.
Me detengo a contemplar
el mar, mientras la serena

mirada me clava el ave.
Allá en el confín brumoso
que une al cielo con el mar,

se ve cual punto borroso
la silueta de una nave.
El ave se echa a volar.

2

Ruge el mar. Retumba el trueno,
el rayo feroz estalla;
zozobra el bajel. La lona,
cruje y se rasga.

Silencio absoluto. Nada.
Sólo el mar. Antes
mar de espumas, blanco;
después, mar de olas amargas.

¿Ves ese barco encallado
entre aguas y arenas preso?
La mar le da un prolongado,
silencioso, amargo beso.

4

Me gusta ver en la playa
a la gente marinera,
bruñida de sol. Salitre,
que brilla cuando se quema.

Me gusta ver en el mástil
como una blanca bandera,
la lona que el viento hincha
y ondula, cuando la besa.

Las mujeres de la costa
son pálidas y morenas
el sol les modela el rostro
y pule la caballera.

Tienen los ojos profundos,
el mirar tienen de lejos;
de haber nacido en la costa
marinero también fuera.

LA POESIA

Pasó de largo, no llegó a mi casa,
ni se dignó mirarla;
aunque yo la esperaba
con las puertas abiertas.
La llamé, no me oyó;
siguió adelante.
Dejó en mis labios trémulas palabras.

ES MAS BELLO

Es más bello
que la labor se haga
en silencio,
sin la sombra importuna
de una duda
ni de estéril queja.

INMOVIL YO

Un día, inmóvil yo
me iré. Es probable,
que acudan a mi casa,
revuelvan acusiosos
e indaguen.
Encontrarán en ella
algo que no había visto
ni quizás presentido.
Y yo, inmóvil.
Protestará el silencio.

AMIGOS VERDADEROS

Qué bien me siento rodeado de poetas
en el silencio y la paz de mi hogar.
Leer sus libros; meditar. Expresan
en forma, peculiar, su pensamiento.
Cada poema me trae una sorpresa.
Juan Ramón en páginas selectas.
Suaves ternuras de Gabriela Mistral.

CUANDO LEO A BAUDELAIRE

El viento ladra
en la ventana canta
el viento danza.
¿Vuela el viento?
Oscuro ladra
ebrio, frío, fantasma.
Su ladrido en la ventana.
Su ladrido en el cuarto
donde leo a Baudelaire.
Cuando el viento ladra
y yo leo a Baudelaire.

EL POETA

Ser rumor.
Más que voz
ser el eco
de una voz
que al hablar
diga lo eterno.

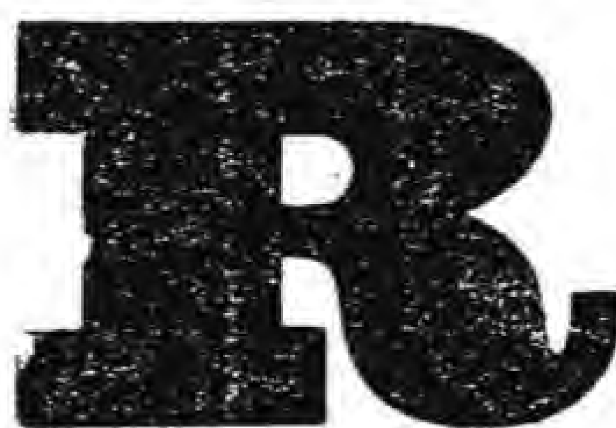
POETA CARRETERO

Manipulando la caña
llevas una vida inquieta,
vas de carreta en carreta
y un mar de sudor te baña.

Con tus sueños de poeta
te pierdes en la maraña
de los campos. Caña... caña...
bajo un cielo azul violeta.

Cuando el sol sus rayos lanza
y hace que la vida brote,
tu zaino rocín, al trote

por la guardarraya avanza.
Vas en él cual Sancho Panza,
con aires de Don Quijote.



LA ARAÑA

Estoy mirando la araña ventruda
—pescadora de insectos—
cómo teje su red.
Veo la araña; su vientre. Red.
Miro la araña, ¿que es repulsiva? dicen.
Miro la araña y pienso.
Pienso que es hábil —pescadora—,
ingeniosa —su red—; sabe.
Miro la araña atrapar insectos.
La veo alimentarse y pienso
todos los seres para subsistir comen.
Estoy mirando la araña ventruda
y no temo a su red. No es un ser repulsivo.

PUNTO GUAJIRO

Bello el sinsonte canoro
canta en la oscura maleza
porque la naturaleza
le da su rico tesoro.

Canta el arroyo sonoro
al cruzar por la llanura
y lleva en su linfa pura
un canto de plata y oro

Cantan las aves a coro
húmedo el bello plumaje
saludando a un personaje
que viste púrpura y oro.

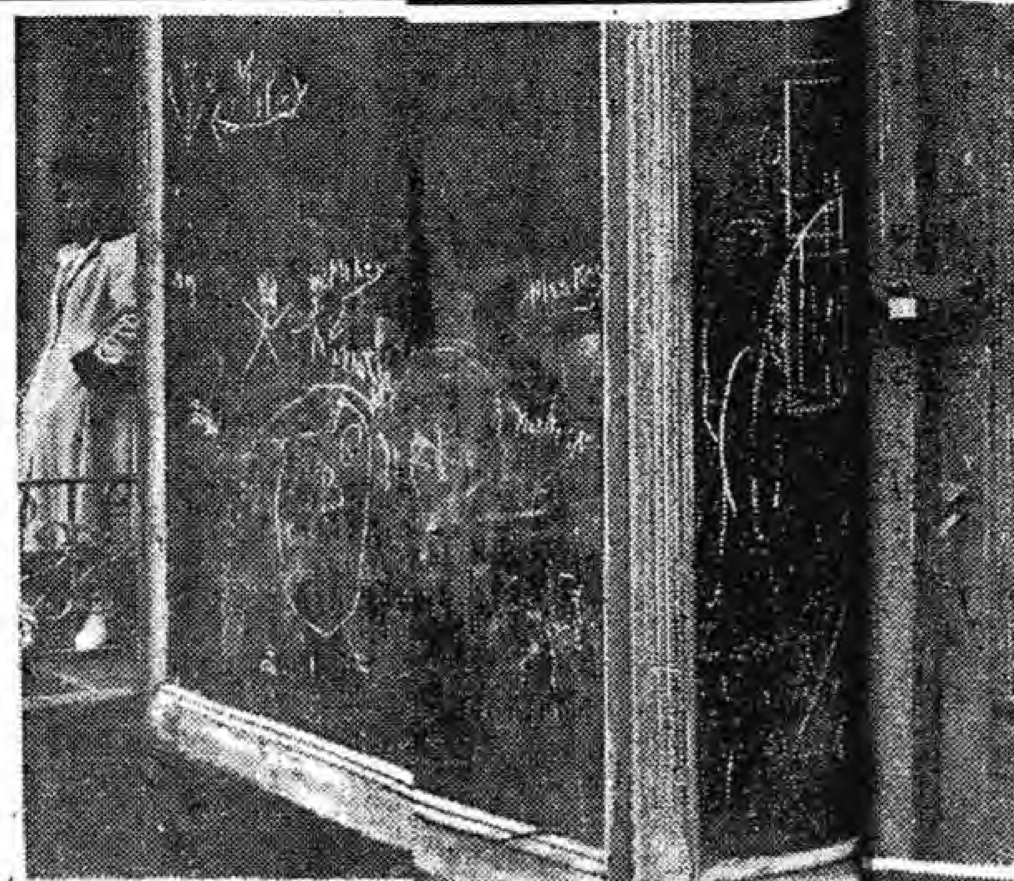
LA VOZ DE LAS PAREDES

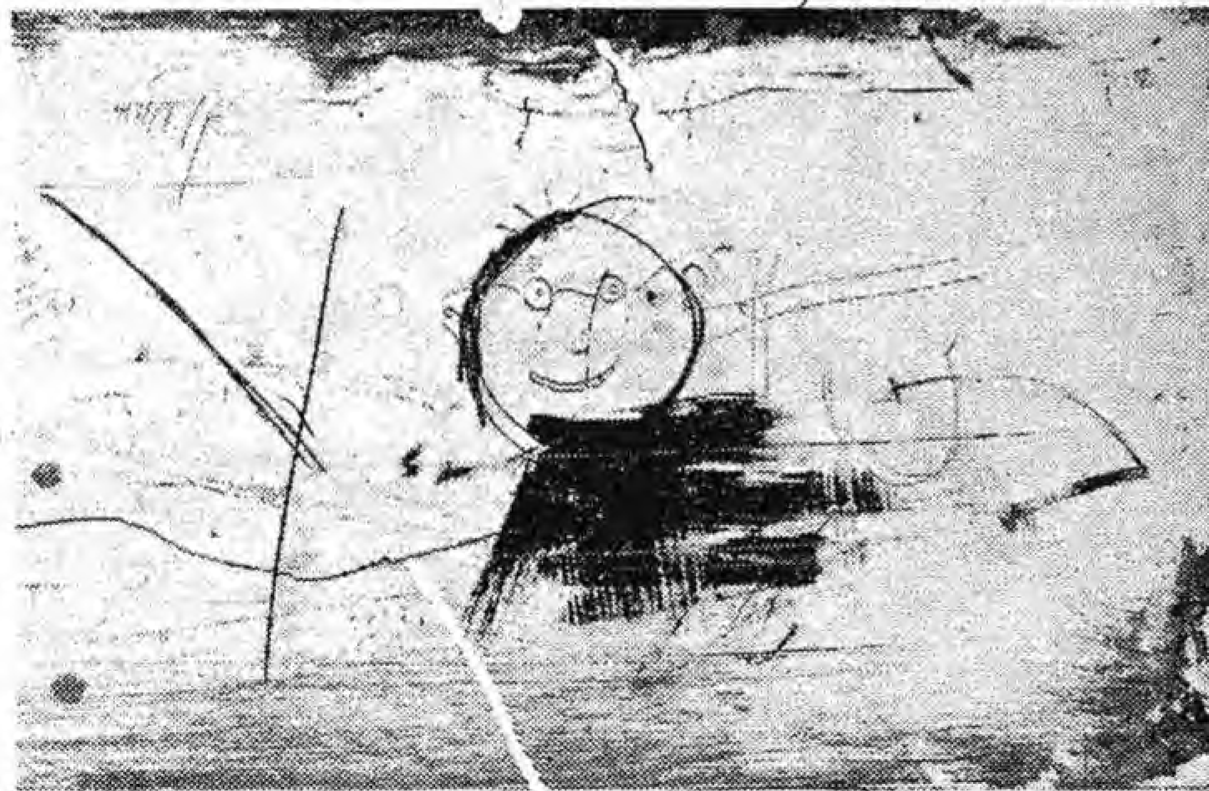
Sobre los grafismos murales

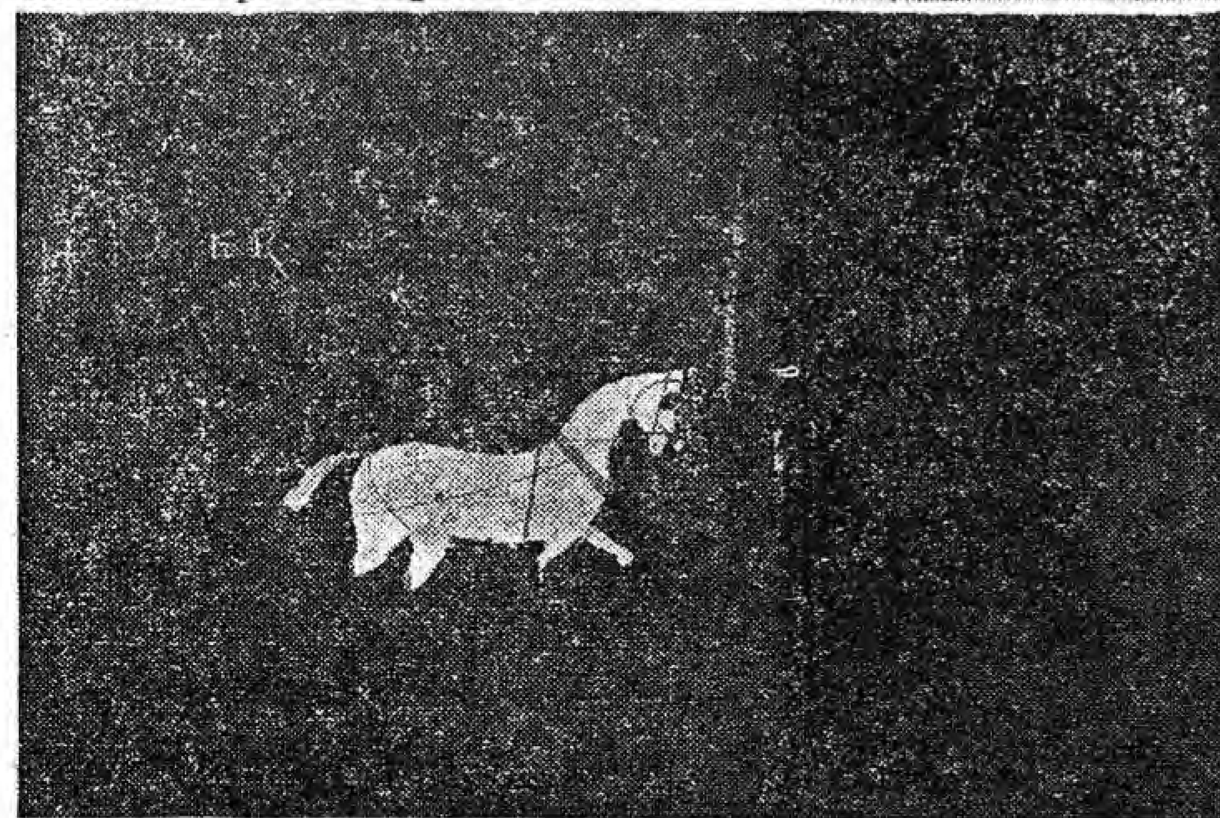
Es una fuerza sin represión posible: el hombre necesita de la expresión gráfica, de la ecuación simbólica que puede realizar sobre los muros. El hombre representa, significa. Es una verdad que podemos constatar siempre y en todas las circunstancias; desde los pueblos primitivos hasta el nihilismo del habitante de las ciudades o la violencia de las masas proletarias. Es una urgencia del hombre traducir en grafismos sus realidades más hondas, sus conmociones radicales, su energía mental y cultural. Y se trata de un camino en que nos es grato perdernos, corroborarnos o anularnos.

¿A qué se debe ese esfuerzo del hombre de la ciudad moderna alienado y destruído por expresarse a través del grafismo? Sobre esa pregunta se tiende la mar de respuestas. Hay una actitud científica y una actitud poética. Se suele ir a la antropología, el psicoanálisis y la sociología, y a veces se unen esos tres puntos de vista. Ahora mismo tengo ante mí el libro reciente del Dr. Robert Volmat, *L,Art Psicopathologique*, publicado por *Presses Universitaires de Francia*, —un estudio completo y documentado sobre algo que se aproxima profundamente al anónimo dibujante que hace incisiones y traza sobre los muros de las ciudades. Sobre la historia de los trabajos científicos al respecto, dice Volmat: "Las investigaciones de Frazer, Levy-Bruhl, Durheim, etc., en su tiempo, interesaron a los médicos psiquiatras. La mentalidad arcaica de los psicópatas fué objeto de estudios por parte de la escuela alemana y suiza (Storch, Langeludeke, Shilder, Hertshmer, Bychowski, Stek, etc.), Burstin los analizó en su tesis. Otros autores (Freud, Jung, Roheim, Malinowski, etc) siguieron un camino inverso y aplicaron a la sociología el método psicoanalítico".

Las obras debidas a los enfermos mentales han sido referidas a los pueblos primitivos. A sus formas de expresión árcaica corresponde una formulación plástica regresiva. Recientemente,



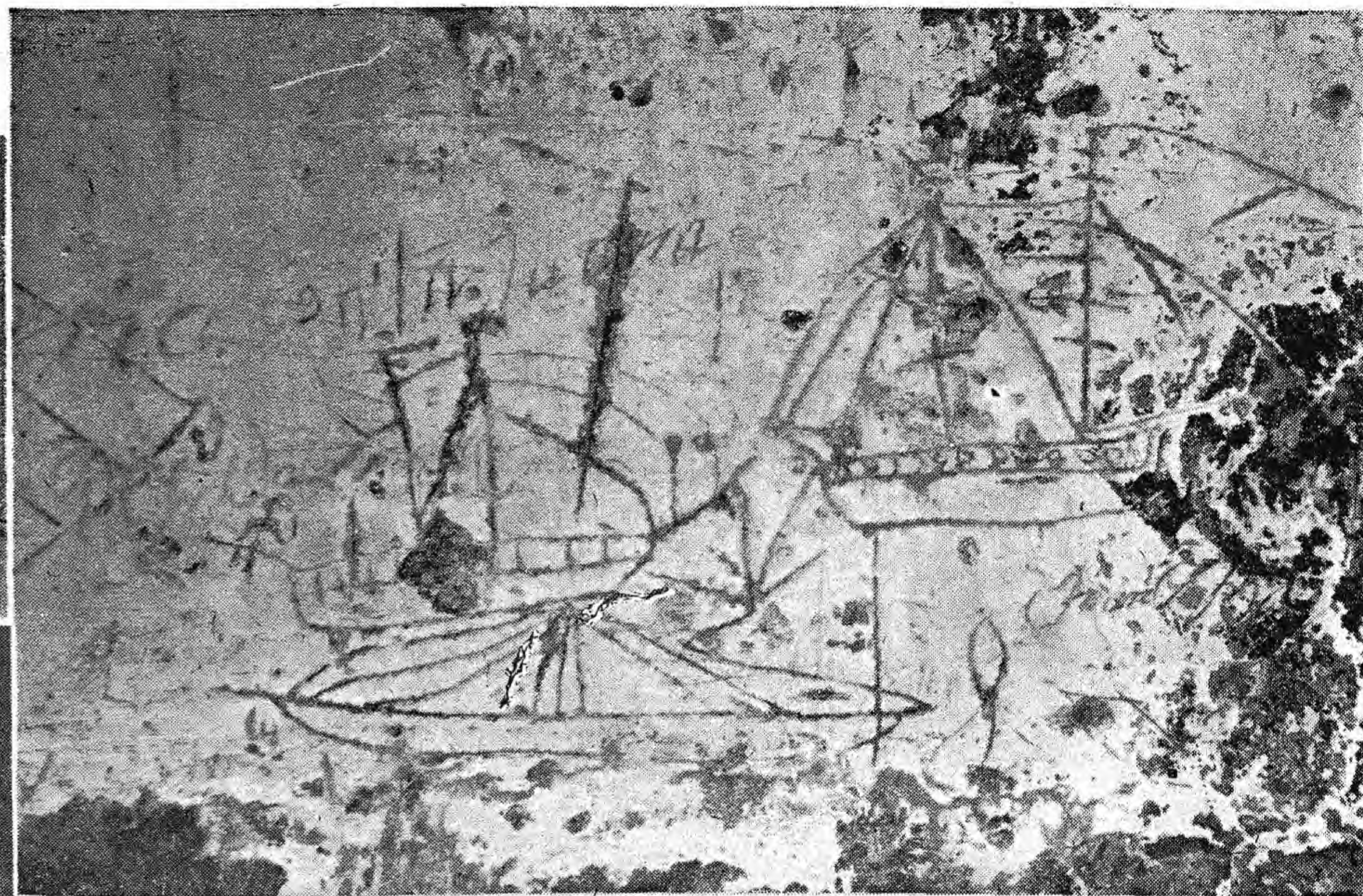


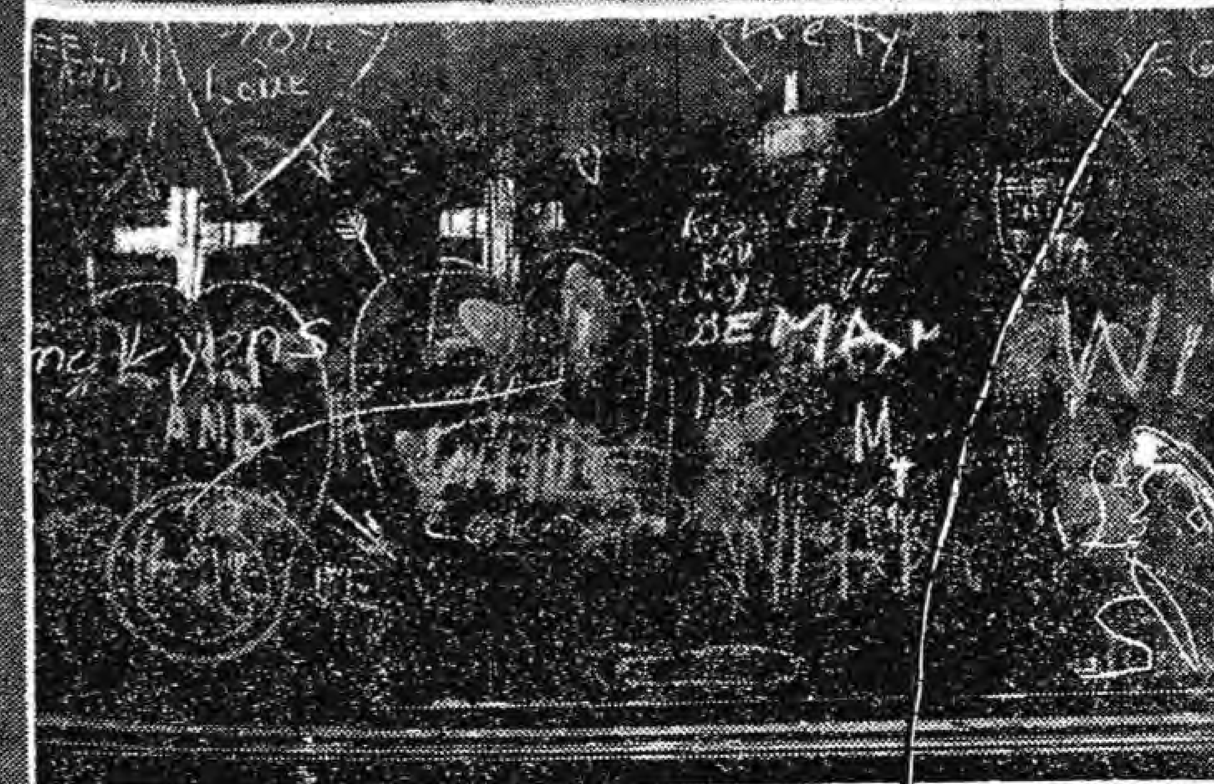


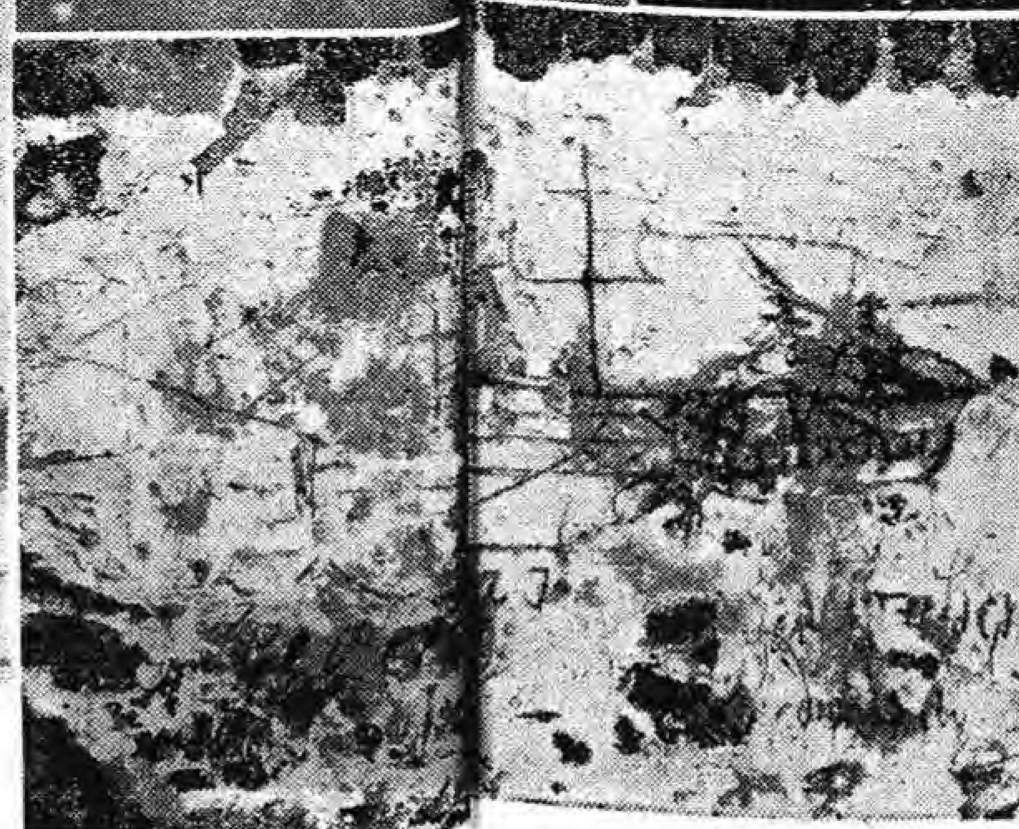
asistimos a una exposición de Laloy cuya pintura esquizofrénica comparada André Breton con las pinturas de arena de los indios navajos. Es evidente, sin que por esto juntemos nuestra posición puramente poética y plástica a la de Jung, que en el hombre de la ciudad y en el enfermo mental sobreviven condiciones psíquicas regresivas, que les señalan la potencia y riqueza de la libertad con que transmiten su voluntad mítico poética a través del grafismo.

Esa supervivencia de elementos de la imaginación primitiva es lo que hace más contundente la presencia del grafismo, que, además, se presenta en los lugares más inesperados: muros de cal, planchas de acero, aceras, retretes, etc. El impulso al grafismo obedece a una compulsión artística, a una inclinación inalterable a ofrecer la condición poética por encima de todas las circunstancias; de ahí lo heterógeneo y universal de los medios empleados: se trata de











por josé a. baragaño
fotos de jesse fernández

la liberación espiritual y la cólera poética del hombre de las ciudades.

El autor del grafismo no pertenece necesariamente a una determinada clase social, se encuentra en todas las esferas culturales y económicas, construye una dimensión poética y una visión del mundo que se une a la de ciertos pueblos primitivos. En ocasiones obedece a una concepción claramente formulada, y en el caso de la imaginación popular y del enfermo mental toma características muy concretas. Cita Volmat una concepción del mundo que trascribimos porque nos parece muy interesante: "A la producción gráfica de significación arcaica, corresponde una concepción del mundo, "un sistema del mundo" primitivo que el enfermo construye para su uso y en la que encontramos por momentos ideas de la concepción presocrática del mundo".

"El planeta, —dice el caso del que habla Volmat—; es un conglomerado de todas las cosas que han caído a los pies de la gente y que se han solidificado. La materia sin cesar mal encuadrada se transforma en 3 elementos: sólido líquido y gaseoso. Esos 3 elementos están habitados por la fuerza microbiana. Hay microbios inmensos que envuelven todo, no solamente el sistema terráqueo, sino todo el sistema solar y estelar, formando un todo compacto visible o no"... La narración del enfermo es demasiado larga, y nos parece que su introducción es suficiente para dar una idea de lo que puede pasar por la mente de un primitivo que se dedica a pintar cuadros, y a afirmar sus delirios eróticos sobre los muros de las ciudades.

En el caso del que hace grafismos en las paredes, los cristales o las mesas de café, sin que por eso sea un enfermo mental, acometen los mismos elementos de concepción, y una misma compulsión a constituir artísticamente lo que es su preocupación o su ensueño: su fuerza comprimida que busca una liberación.

Aparte de esa relación entre la imaginación primitiva, el enfermo mental, y el secreto autor de grafismos, se suscita una investigación de orden poético pictórico de la que vamos a hablar, y una posición filosófica y social que no intentaremos atacar.

Para la sensibilidad plástica la materia reserva una atracción demoníaca, erótico-mágica; necesita ser abordada, consumada en la actividad artística. El grafismo es la primera acti-

LA TERCERA ESCALERA

por lisandro otero gonzález

Lisandro Otero González, joven y talentoso; 27 años; un libro de cuentos "Tabaco para un Jueves Santo" publicado en París; una novela corta, aún inédita; y otras obras menores no son bastante para explicar su brillantez. A pesar de sus hondas raíces cubanas —Lisandro nació en un viejo caserón en G y 21 en el Vedado— su pupila es ancha y universal. Esa Weltanschaung se debe en gran medida a su fructífera estancia en Europa durante dos años. "La Tercera Escalera" es uno de esos relatos que no corresponden a la ficción, por estar íntimamente vinculado a la experiencia de su autor. En él se conjugan dos de las preferencias más caras a Lisandro: la literatura
Bruhi, ...ana contemporánea y
norteamer... ...édicos pa... ...eses de siem-
los buenos vinos france... fue obje...
pre.



Where is the life we ... lost in living?
Where is the wisdom we h... lost in knowledge?
Where is the knowledge we ha... lost in information?

Fading, fading: strength beyond hope and despair
Climbing the third stair.

T. S. Eliot

Era ... día bastante frío de Febrero. Cuando crucé el Luxemb...urgo el viento batía fuertemente, había pocos ... niños jugando y el agua de la fuente estaba co...ngelada formando estalactitas. Una ráfaga me ... llevó el sombrero y tuve que correr algunos seg... ...ndo tras él. El día era demasiado húmedo aún...

Salí del Luxemburgo y tomé l... para París, luego la Rue de Brea. Me detuv... Rue Vavin y ... en una pequeña librería husmeando tomos ... de segunda mano. En el estante de los libros ... nuevos encontré un tomo que me interesó. el ... precio era quinientos cincuenta francos, lo pen... un momento y me decidí. Cuando salí hab... oscurecido completamente. Caminé por la Ru... de Brea hasta salir al corazón de Montparnasse. ... Doblé a la izquierda y entré en un restauranci... de la Rue de la Grande Chaumiére. Pedí sop... de lada y goulasch. Mientras comía com..., ensa... ojear el libro; valía la pena, era un buen... ...ncé a

El primer cuarto de hora estuvo int... libro, ...rrumpido por dos llamadas telefónicas. Una ... de un amigo pidiéndome prestados dos mil fran... Le dije que no los tenía. Otra del portero de...os. Le recordándome que llevara la llave del ... hotel de abajo si salía esa noche. Le dije que ... portón saba salir. Después me introduje, fuma... pencigarro tras otro, en un laberinto racional... ...do un ... y delicioso. Sin dudas era un buen libro.

Alrededor de la media noche me prep... taza de té. A las dos de la mañana la e... ...ré una producida por la risa y por la admirac... ...citación dominio tal del arte de escribir me... ...ón de un dormir. Sentía hambre además. Me v... impedían jé, no sin antes tomar la llave del po... ...stí y bacalle el frío y las ráfagas me quem... ...ón. En la ra. Caminé hacia "Le Chaplain" un ... ...aron la cable que cierra a las cuatro. ... bar agrada-

"Le Chaplain" tiene las paredes decoradas con viejos anuncios de cabarets famosos en París en 1900. Uno del Moulin Rouge con su Jane Avril dibujada por Toulouse, otro del Eldorado con la efigie de Aristide Bruant, iconoclasta y retadora, otro del Maxim's con su techo amarillo poblado de arañas lumínicas, un pasquín de una exposición Matisse, otro de una exhibición Picasso con un payasito melancólico. En una esquina, bajo una luz pálida y el pianista interpretaba en un Pleyel melodías de Charles Trenet y Cole Porter. A ratos se interrumpía y lanzaba un valsecito galante o un aire marcial y reidor que los clientes coreaban desafinadamente:

A la Bastilla on aime bien
Niní, Peau de Chien.
Elle est si belle et si gentille,
Qu'on l'aime bien
¡QUI CA!
Qu'on l'aime bien
¡OU CA!
A la Ba-a-as-ti-i-i-i-lle.

Saludé a Gastón el pianista y me senté en la barra. Pedí una cerveza y un sandwich. Entró un vendedor de periódicos y le compré "Le Monde". Traía una estupenda crónica teatral y noticias de la guerra en Argelia. Leí el periódico mientras comía el sandwich. Terminé la cerveza, pedí los dados y me puse a jugar con Jean, el camarero. Jugamos sin interés, perdí un par de veces y gané el tercer tiro. Una mano pequeña de uñas cortas sin esmalte tomó los dados y los hizo rodar sobre el mostrador. Dos cuatros y un tres.

Era una belleza tipo Saint Germain Suéter rojo a rayas negras, pantalones negros muy ceñidos, pelo rubio y flechudo cayendo sin orden sobre los hombros, ausencia total de maquillaje excepto dos breves rayas en las comisuras de los ojos azules, nariz delgada de ventanas algo dilatadas, boca pequeña, barbilla pronunciada hendida por un pequeño surco que se distendía graciosamente cuando sonreía.

No contestó, tomó los dados y los lanzó de nuevo. Esta vez no tuvo suerte: un cinco, un cuatro y un dos.

—No debía haber hablado —dije.

—Margitte, Sandro, Sandro, Margitte —dijo Jean.

Le tendí la mano. Me ofreció la mano izquierda mientras con la derecha recogía los dados de nuevo.

—Dame una cerveza, Jean —dijo.

Terminé la mía de un trago y ordené otra.

---

vidad pictórica, surge de una voluntad bien señalada y viva. El grafismo es metafórico, —atrae realidades diferentes sobre un mismo plano, concilia contrarios—, y va a la búsqueda del signo. De todo conjunto de signos plásticos surge un símbolo, que el artista considera el *único símbolo*. Así el proceso va del grafismo al signo, del signo al símbolo, para arribar al al signo, del lenguaje poético.

Los pintores modernos han comprendido muy bien esa realidad: unos la han usado de una manera y los otros la han descartado, pero todos se han sentido ten... ...tados por ella. Wols, Klee, Ernst, Miró, en sus diversos mundos y concepciones, han utiliz...ado con...nuamente esa riqueza, que a su vez es la ...nic... tradición plástica folklórica de las grand... ...iudades.

Los poetas también han a...provechado el fenómeno, porque el grafismo ...a siempre acompañado de una excitación ver...bal (viva, muera, amo, insultos y exaltacion...es) de manera que muchos poetas han incluíd... expresiones que en su aspecto sintético se o... ...riginan en el grafismo. Esa es la voz de las paredes, el grito de los muros, que procura ser anónimo porque se siente ferozmente rebelde, proscripto, perseguido por una sociedad en que el hombre alienado no puede darse a su realidad total.

En las fotos que acompañan este texto, Jesse Fernández, ha captado algunos grafismos muy bellos como ese caballo que parece surgir de una cerámica mediterránea. Y ha expuesto a su objetivo un vestigio y grito poético que libera una parte del hombre con singular belleza y gran arrogancia espiritual.

Margitte tiró los dados dos o tres veces más.

—Así es aburrido. ¿Jugamos?

—De acuerdo— respondí.

—Juego de interés.

—¿Cuánto?

—Partidos de cinco tiros a ganar una cajetilla de Gitanes.

—Bien.

Tenía una insolente seguridad en si misma. Tomaba a la gente donde quería y la dejaba donde le convenía. "No, lo siento el compartimento está vacío pero no se admiten más pasajeros. Viajo sola en este tren". Manejaba el elemento humano como piezas decorativas. "Luce bien al lado de la ventana. No, mejor está en aquella mesa junto al piano". Jugamos varios partidos y perdí tres cajetillas de Gitanes. Pensé en el último billete de mil francos doblado en el fondo de mi bolsillo.

—Mejor no jugamos más. los dados no me atraen mucho —dije.

—Como quieras.

Durante el juego la había estado observando. Margitte hacía rodar los dados en silencio, concentrada. No volteó la cabeza una sola vez. Tenía un aire descuidado y atractivo, el pelo fino y suave, el perfil puro, la barbilla carnosa.



Giró en la banqueta y miró en derredor el salón: las parejas confundidas tras las mesas, los bebedores habituales llenándose concienzudamente de alcohol. Bruscamente se puso de pie:

—¡Gastón! —llamó caminando hacia el piano.

Gastón le hizo al lado en la banqueta. Comenzó a tocar una cosa juguetona y frágil. Tomé mi cerveza y me acerqué al piano. Margitte deslizaba las manos por el teclado con gran agilidad.

—¿Mozart? —aventuré.

Margitte no contestó. Gastón asintió mientras encendía el cigarro. Cuando terminó la emprendió con unas construcciones armónicas, amplias y nobles como la nave de una catedral gótica de cierto regusto intelectual.

—Bach —dijo Gastón.

Margitte terminó de tocar y se recogió con un gesto rápido el pelo que le había caído sobre los ojos. Comenzó a interpretar algo que parecía Bach nuevamente. Abrió los ojos y me preguntó.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Te gusta de veras?

—Según el ambiente.

Arqueó las cejas inquisitivamente.

—Aquí prefiero algo más sencillo— como Gershwin.

Sonrió.

Tocó un par de acordes más, se levantó súbitamente y volvió al bar. Su cerveza estaba mediada.

—Jean dame una menta —pidió.

—¿No terminas la cerveza? —pregunté.

—La cerveza está insípida esta noche.

Jean puso ante ella un vaso con dos dedos de líquido espeso y verde. Margitte le añadió agua y tomó una coloración turbia primero y se fué aclarando hasta hacerse lechoso. Margitte probó la menta.

—Esta bien sabe a Seurat —dijo.

—¿A qué?

—A Seurat

—¿Qué es eso?

—El pintor, ¿lo conoces?

—Si... asi es que la menta sabe a Seurat.

Asintió con un gesto.

—¿Y la granadina? ¿A qué sabe? —pregunté.

—A Renoir, naturalmente.

—¿Y la naranja?

—A Toulouse.

—¿Y la piña?

—A Gauguin.

—Por cambiar ¿A qué sabe el café?

—Es un gusto inconfundible a Correggio.

Quedé en silencio un momento.

—¿A qué sabe Miguel Angel? —pregunté.

—¡Ah Esos son cocktails. Miguel es un martini muy seco.

—¿Y Tiziano?

—Un Alexander. Tiene crema ¿sabes?

—Margitte, creo que eres una "snob" incorregible..

—No me puede importar menos tu opinión.

Tomó otro sorbo de la menta. Reflexionó un instante y añadió,

—Yo trato de defenderme pero Rimbaud le dió colores a las vocales ¿por qué no puedo darle sabor a los colores? Podría incluso darle sonido. Atiende. Buffet es un oboe; Leonardo, obviamente, un cello; Tintoretto, un corno inglés; David, bombo y platillos; Daumier, un píccolo; Braque, un redoblante; De Chirico, un trombón; Leger, un acordeón; Midigliani, una viola; Dufy, un tímpani; Mantegna, un clavicordio; Gianbellino, un órgano; Fra Angelico, un arpa. ¿Ves?

—No eres Rimbaud.

—Tengo derecho. Aún sin pagar impuestos.

Gastón comenzó a tocar "Telephonez moi, cherie". Sentí unos brazos alrededor de mi cuello. Miré sobre el hombro. Juliette, una profesional a la que había invitado a tomar varias veces, me saludó con una falsa efusión.

—Bonsoir, mignon —dijo Juliette besándome en la mejilla.

—Bonsoir.

—¿No me invitas?

—¿No ves que estoy acompañado?

Hizo un gesto de desagrado y fue a sentarse en una mesa distante.

—¿La conoces? —pregunté a Margitte.

—La he visto por aqui.

—Es una buena muchacha.

—Seguro. Tiene un hijo inválido y le da dinero a su madre cancerosa.

—¿Es cierto?

—¿No te ha hecho ese cuento? Siempre es un cuento parecido.

—¿En qué pasas el tiempo? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Tengo alguna semejanza con ella?

—Ninguna. Hablando francamente no te pareces a ninguna persona que haya cocido antes.

—Pues... no hago nada. Mortifico al prójimo. Leo, bebo como un marinero en puerto, fumo tres cajetillas por un dia, cuando encuentro un piano martilleo a Mozart. Eso es todo.

—Sigo creyendo que eres una snob. ¿Por qué fingir esa pose blasé? Pasó de moda con la postguerra.

—Lo tomas o lo dejas. No poso de nada.

—Lo tomo. ¿Cuándo empezaste a sentar a los pintores en una orquesta? —dije queriendo ser sarcástico.

—Hasta luego —dijo incorporándose en la banqueta.

—No seas tonta, excúsame, estaba bromeando.

Se dejó convencer fácilmente y terminó de beber la menta.

—¡Jean, menta y cerveza otra vez! —pedí.

Estuvimos en silencio unos minutos. Encendí un cigarro y le ofrecí uno a Margitte. Lo rechazó y tomó uno de los suyos. Gastón tocaba ahora "Embraceable You".

—¿Bailamos? —pregunté.

Asintió. La tomé por la cintura para ayudarla a descender de la banqueta y la conduje a la pequeña pista en el centro del bar. Bailaba bien. Apoyó la cabeza en mi hombro. Gastón, en cómplice, me guiñó un ojo. Margitte no era muy alta, tenia un cuerpo bien proporcionado y frágil. Bailando parecía que uno podía destruirla si la abrazaba demasiado fuerte. Gastón prolongó la pieza todo lo que pudo pero tuvo que terminar. Nos sentamos en el bar de nuevo.

Margitte encendió otro cigarro, el suyo se habia consumido en el cenicero.

—¿Qué haces tú? —me preguntó.

—Escribo.

—¿Qué cosa?

—Palabras, palabras, palabras.

—No te pases de listo. Quiero decir ¿novelas?

—Ficción, por usar un término pedante y preciso.

—¿Cómo quien escribes?

—Como yo, naturalmente.

—¿Alguna influencia?

—Ingenuamente hablando, pretende ser algo entre Somerset Maugham y Hemingway, salvando las distancias

—No me gusta Maugham.

—Creo que es uno de los grandes escritores de este siglo.

—Es demasiado directo.

—Quieres decir que no es suficientemente intelectual.

—No es eso, pero resbala sobre las cosas. Además, es demasiado popular. Es inmoral que un escritor sea tan popular.

—Balzac era muy popular. Balzac era el Maugham de su época.

—Prefiero a Proust.

—Dos escritores operando a la vez: un novelista y un ensayista. Proust es como un cocktail a base de coñac y whiskie, dos elementos muy poderosos para ligar bien.

—Es muy sutil.

—Sí, ofrece el raro placer de la inteligencia pura.

—¿Y los americanos? Sartre dice que Dos Passos es el más grande novelista de nuestro tiempo?

—No sé que intenta decir Sartre con eso. Si por el más grande novelista quiere decir un fotógrafo, tiene razón. Pero la literatura es algo más que eso.

—¿Y Gertrude Stein? —preguntó.

—Se le recuerda más por su personalidad que por su obra.

—Pero los campeones seguimos siendo nosotros: Flaubert, Balzac, Stendhal, Zola, esos son los grandes —dijo Margitte.

—Esos fueron bastante grandes y ahora los hay también.

—Ahi tienes, Sartre, Mauriac, Malraux, Camus.

—Pero no hay muchos más. La generación en madurez ahora es la de la primera postguerra y fue esencialmente poética.

Los narradores puros son pocos. Casi todos son buenos escritores pero mezclan las ideas con el desarrollo dramático.

—¿Hay algo de malo en eso?

—Corren el peligro de aburrir al lector si no se hace bien. Las ideas son un excitante si se exponen claramente pero no hay soporífero más poderoso si se las turbia. Por eso creo a Maugham uno de los grandes de este siglo, nunca aburre y siempre deja al lector con una sensación de frescura.

—Como tú decías la literatura es algo más que eso.

—La literatura sí, pero no la ficción.

—¡Corten esa jerga de café! —dijo una voz detrás de mí.

Era Gordon Walker. Lo había conocido la primavera anterior en el Lago de Como. Nos hospedábamos en el mismo chalet y Gordon había seducido a la joven sirvienta italiana que nos atendía. Su padre era un industrial enriquecido con la guerra y cuando Gordon terminó sus estudios en Harvard le concedió un año para reposarse en Europa. Luego debía volver a hacerse cargo de sus responsabilidades: la fábrica, la familia, las relaciones. Pero Gordon no le importaba aquello y prefería divertirse a gusto. Llevaba año y medio del lado Este del gran charco y las cartas del padre conminándolo a que regresara no habían tenido efecto.

Gordon había llegado en el otoño y estuvo perdido en las calles de Pigalle hasta bien entrado el invierno. Había pasado la primavera en la Costa Azul, donde alquiló una villa por un año, y algunas semanas en Como. En el verano se llegó a España a ver las corridas, a tostarse al sol y a beber clarete en las tascas de Madrid. El segundo otoño lo había pasado en París y al llegar de nuevo el invierno emigró a su villa de Antibes donde yo lo imaginaba en el momento en que interrumpió nuestro diálogo.

—¿Qué haces en París, Gordon? —pregunté por decir algo.

—Lo de costumbre, nada.

—Creí que ibas al carnaval de Niza.

—Dentro de una semana. ¿Por qué no vienes conmigo?

—No, gracias, tengo trabajo ahora.

—Detesto esa palabra. El trabajo degrada al hombre. Aún no hemos aprendido la lección de los griegos. Existe una clase que trabaja y los hombres como nosotros debemos dedicarnos al noble ocio —dijo en tono de falsa pompa.

—No sé que entiendes por eso.

—Para ti, la máquina de escribir, para mí, el buen vino.

—Excúsenme —dije— Margitte, Gordon Walker.

—Encantado —dijo Gordon.

Margitte sonrió sin extender la mano. Evidentemente no le agradaba Gordon. Era tan seguro de sí mismo como ella pretendía ser y podía robarle el espectáculo. Los dos necesitaban público y yo era el único disponible.

—¿Quieres tomar algo, Gordon?

—Desde luego.

Se sentó en la banqueta del otro lado de Margitte. Jean se acercó.

—Un Remy Martin.

Gastón tocaba ahora "Les Feuilles Mortes". Gordon invitó a Margitte. Los dos sentían el ritmo y bailaban bien. Gordon la oprimió más de la cuenta y Margitte apoyó su brazo contra el pecho de Gordon. Cuando volvieron al bar Margitte estaba seria.

—Jean, un ajenjo —pidió Margitte.

—Querida, haces las combinaciones más desastrosas —dijo Gordon. Menta y Ajenjo.

—¡Basta! ¿No? Primero éste viene a decirme que soy una "snob" y ahora el otro me critica lo que bebo. El próximo minuto estarán dándome consejos sobre cómo debo administrar mi vida.

—Eso nunca —cortó Gordon. —No me gusta recibir consejos y nunca los doy. ¿Bailamos?

—No.

—Me siento mal, Sandro —dijo Gordon.

—¿Quieres un Alka-Seltzer?

—No.

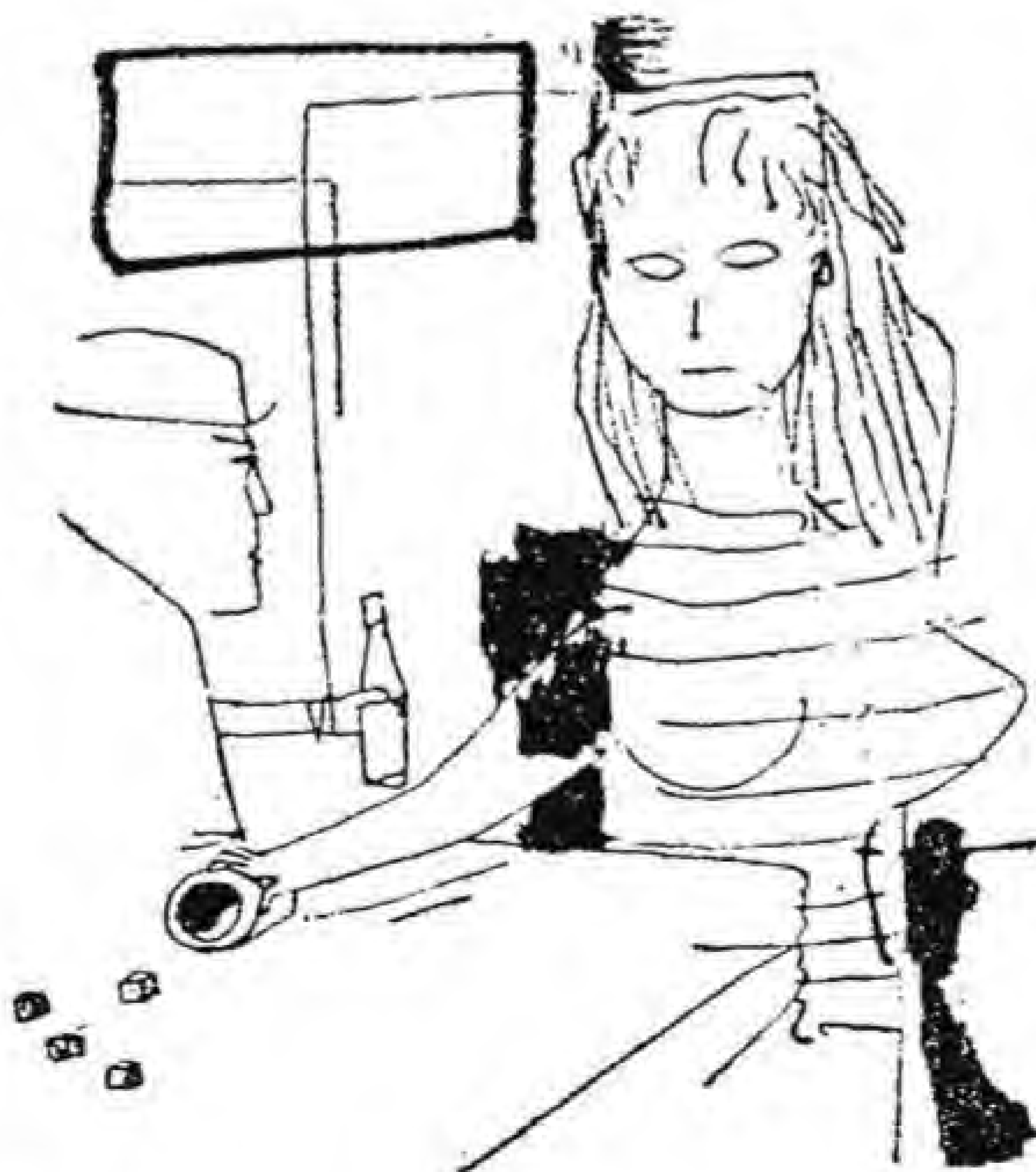
Noté que había bebido más de lo usual en él. Gordon era un gran bebedor y resultaba difícil distinguir cuando estaba sobrio.

—Me siento mal —repitió Gordon.

—¿Muy mal? —pregunté.

—Estoy cansado.

ilustraciones de fornés



—Vete a dormir. Mañana estarás bien.

—¡A la porra con mañana!

—Debías irte a tu casa.

—Es una buena idea, vámonos todos a mi casa. —¿Margitte?

—No sé... ¿puedo divertirme allá?

—Eso quiere decir que sí. ¿Tú Sandro?

—Te acompaño.

—Magnífico. ¡Jean, la cuenta!

—Yo invité —dije.

—Permíteme esta vez.

Pensé de nuevo en mi último billete de mil francos.

—De acuerdo —dije— la próxima es mía.

—Todavía no hemos terminado —dijo Margitte.

—Ca fait rien. C'est plein de bouteilles chez moi —respondió Gordon con un pésimo acento.

Jean puso la cuenta en una bandeja sobre el mostrador. Gordon miró la cifra y tiró un par de billetes en la bandeja. La propina fue espléndida de acuerdo con la manera en que Jean dijo: "Merci, merci, merci bien, monsieur".

—Esperen —dijo Gordon— somos tres y debíamos ser cuatro.

En el otro extremo del mostrador una deliciosa criatura había estado jugando con la cerveza durante media hora. Tenía la cintura sumamente estrecha, un hermoso pelo castaño, la nariz larga y delgada, lo que no dejaba de darle cierto aire de aristocracia, y los labios gruesos y bien delineados. Vestía vulgarmente pero el conjunto era atractivo. Era una de esas mujeres que hacen imaginar a uno que con un entrenamiento social apropiado y algunos consejos sobre sus modales y vestir, podría convertirse en una dama: una modelo de Renoir que Toulouse hubiese tomado prestada equivocadamente.

Gordon caminó directamente hacia ella, le habló durante unos segundos y volvió trayéndola del brazo.

—Déjame presentarte a algunos amigos. Margitte, Sandro y yo soy Gordon. ¿Cómo es tu nombre?

—Colette —dijo con cierta timidez en la voz no exenta de encanto.

La muchacha del guardarropía estaba tras nosotros con los abrigos sobre el brazo. Gordon le dió una buena propina y envió con ella un billete de quinientos francos al pianista. En la calle el frío había disminuido o yo lo sentía menos por efecto de los tragos. Caminamos hasta el Boulevard Raspail y encontramos un taxi. Subí detrás con Margitte y Colette, Gordon se sentó junto al chofer y dio una dirección en el Boulevard Saint Germain. No el Saint Germain cercano a la Rue Bonaparte y la Place Furstenberg, anárquico y seudo-artístico, sino el Saint Germain cercano al Quai D'Orsay que había sido barrio de abolengo desde el Segundo Imperio hasta la Bella Epoca.

Cuando llegamos Gordon descendió primero y dio la vuelta para leer el contador.

—No confío mucho en los taxistas —dijo mientras yo ayudaba a descender a Margitte y a Colette. Pagó y despidió el taxi mientras nosotros esperábamos junto a la puerta. Gordon introdujo una gran llave en el portón y la cerradura sonó sordamente al abrirse. El vestíbulo estaba cubierto de gruesas alfombras y tenía varios espejos y un par de bustos de emperadores romanos. Gordon abrió la puerta del pequeño ascensor y nos hizo un gesto para que entrásemos.

El apartamiento era agradable y bastante grande. El techo estaba decorado en pompeyano y los muebles estilo imperio habían sido dispuesto con acierto alrededor de la chimenea.

—Echenle un vistazo —dijo Gordon mientras depositaba algunos maderos en la chimenea y lanzaba un periódico encendido en ella.

Pasamos a una pequeña pieza que hacía ahora las veces de biblioteca aunque había sido concebida sin duda como salón de té. Por una pequeña puerta entramos al ancho pasillo que separaba las dos habitaciones y el baño. Cruzamos el pasillo y entramos de nuevo en la gran pieza de recepción. Gordon no estaba allí.

—Estoy en la cocina preparando algunos tragos —gritó Gordon. La voz venía detrás de una puerta entreabierta en un panel simulado. —Martini para todos, supongo.

—Está bien —dije.

—El pompeyano y el imperio son una excelente combinación —dijo Margitte.— Me gustan más que el siglo dieciocho. El dieciocho es demasiado frágil y terrible-

mente incómodo y el Directorio es de una insoportable austeridad.

—Asi es que tenia todo eso aqui y nadie me habia informado dijo Gordon apareciendo en la puerta con una jarra mediada de liquído y pedazos de hielo que agitaba con una larga varilla de cristal. ¿Pompeyano y qué más?

—Tienes un pedazo de casa epatante —dijo Colette.

Gordon se dirigió a un bargueño y la abrió extrayendo cuatro copas. Vertió en ellas el liquido de la jarra mientras impedia con la varilla que el hielo cayese en las copas. Gordon tomó su copa y la alzó mientras distribuia con la otra mano las nuestras.

—Por Pompeya —dijo Gordon.

—Por nosotros —dijo Margitte.

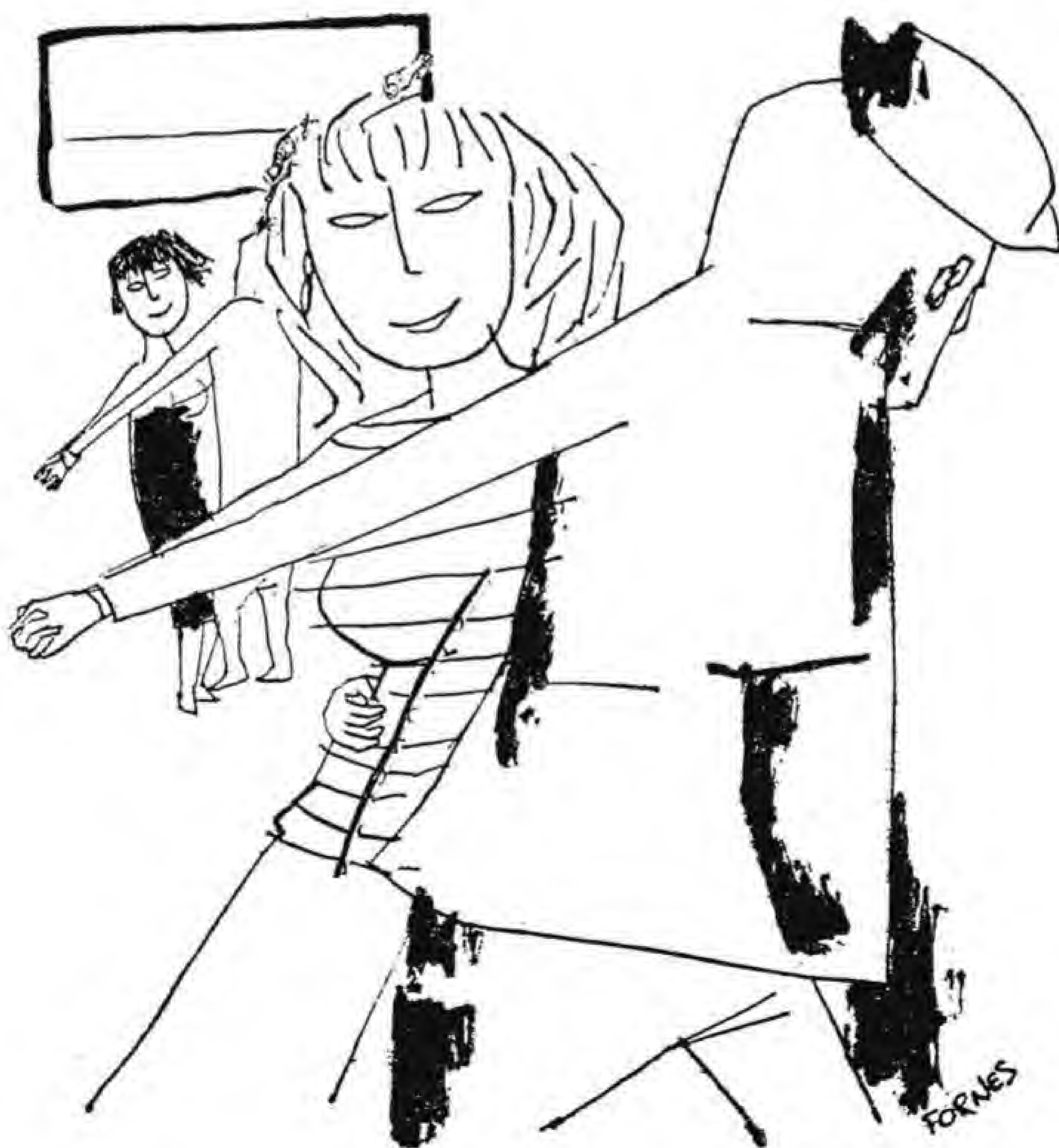
—Por las cuatro de la mañana —dije.

—No sabia que era tan tarde —contestó Gordon.

—Y mañana debo trabajar, así es que cuando termine mi trago tomas el teléfono y llamas un taxi.

—No seas idiota. El día empieza ahora. Además, no me siento bien, si me dejan ahora me sentiré peor.

—Luces perfectamente saludable.



—¿Qué tú crees, Colette, luzco saludable?

—¿Qué quieres que diga?

—¿Lo ves, Sandro? El dinero lo compra todo: una mujer, una opinión...

—Deja de actuar como Orson Wellès en "Citizen Kane" —dije.

—Estoy cansado —dijo Gordon.

—No me digas que nos has traído para cantar un aria de tercer acto.

—Soy perfectamente impermeable a tu sarcasmo.

—Entonces condúcete como una persona civilizada.

—Tienes razón.

Gordon se dirigió a un mueble de palisandro, alzó la tapa, movió unos botones y de una bocina hábilmente escondida en el salón comenzó a surgir una empalagosa melodia.

—"Speak Low" —explicó Gordon extendiendo un brazo hacia Colette. Comenzaron a bailar. Yo me incorporé arrastrando a Margitte tras de mí. La alfombra impedia que los pies se deslizasen suavemente. Gordon bailaba, raro en él, con cierta torpeza. Antes de terminar la música fue a la mesa, terminó su copa de un golpe, se sirvió otro martini y volvió a Colette que lo esperaba en medio del salón.

—Está bebiendo desesperadamente —me susurró Margitte.

—Ya se le pasará.

Cuando terminó la música nos sentamos de nuevo en el sofá junto al fuego.

—Creo que es el momento indicado para anunciarles algo —dijo Gordon con cierto tono de maestro de ceremonias. Los he invitado aqui esta noche para que presencien un hecho trascendente que muy pocos tienen el privilegio de ver en estos tiempos de paz: la muerte de un hombre.

Calló durante un largo rato en el que sólo sentiamos el crepitar del fuego y añadió:

—Mi muerte.

—No seas ridículo —cortó secamente Margitte.

Observé a Gordon con detenimiento. Estaba tranquilo, su respiración era normal. Miraba con los ojos entornados la copa que tenia en la mano y estaba cómodamente hundido en el sofá. Me pregunté cuáles podrían ser las causas que lo habían impulsado a un gesto tan estudiadamente teatral. Decidí intervenir.

—¿Es que alguno de nosotros va a asesinarte o piensas suicidarte?

—Voy a suicidarme.

—Bien, ya que nos has escogido como auditorio tenemos derecho a conocer las razones del empresario para montar el espectáculo.

Traté de racionalizar nuestra situación. Gordon era un gran gustador de la vida, de las emociones fuertes y los menos refinados placeres. Poseia una cultura mayor de la que traslucia pero tenía el desprecio norteamericano por lo intelectual y disimulaba su sensibilidad con cierta fingida rudeza. A pesar de ello no lo creía lo suficientemente afinado para atormentarse por alguna idea. Una vez me habia confesado, después de una botella de cogñac, que se sentia muy solo en su casona de New York, que no tenía el menor respeto por el medio estricto en que se movía su familia y que siempre habia mirado con cierta ironía la pretendida seriedad de las empresas de su padre. En Europa trató de encontrar inútilmente la razón vital que le faltaba. Pero esto no era suficiente para auto-destruirse. Supuse que todo habia sido un recurso para atraer la atención, que es la manera habitual de conducirse en los que padecen hambre afectiva. Quizás Gordon pensó ingenuamente que después de anunciar su propósito Colette y Margitte correrian a su lado para consolarlo y que yo le pondría una mano en el hombro diciéndole "¡Vamos, hombre!". Si este fue el móvil ahora debia sentirse frustrado pues Colette se limitaba a mirarlo con cierta intranquilidad, como se mira a las boas en el zoológico; Margitte

trataba de adoptar una pose indiferente y yo estaba en un proceso de disección.

El silencio era embarazoso y fue interrumpido por Gordon.

—¿Quieres razones? Bien, tú eres una de mis razones.

Traté de recordar las copas que se había bebido aquella noche.

—Tú eres una razón y Margitte otra y Colette es otra. Comencemos por ti. ¿Qué cosa eres tú; Sandro? ¿Qué cosa has logrado en tus veintitantos años de existencia?

—Temo que no sea mucho.

—Tú dices que escribes. ¿Por qué? ¿De qué quieres huir? ¿Qué quieres conquistar? O mejor ¿Quieres conquistar porque el proceso de toma es en sí una fuga? No sé si eres consciente de la superficialidad de la conquista. Tomas parte en la representación porque has intuído que del otro lado del salón no hay nada. Seguirás frente a las candilejas hasta que te mueras repitiendo las mismas líneas, haciendo las muecas y contorsiones del papel que te han asignado.

—Vamos Gordon, has estado leyendo mucha metafísica últimamente, además te estás amargando por gusto, si tomas esto .

—¡Déjame seguir! —cortó Gordon poniéndose de pie bruscamente.

Estaba junto a la chimenea y la luz de las llamas ponía en su rostro un claroscuro en constante modificación. Seguía jugando con la copa vacía en las manos pero su aspecto, serio y terrible, me indicó que no sería posible tratar de interrumpir el proceso de sus ideas con una nueva broma. Por el momento había sufrido una sorpresa, siempre había imaginado a Gordon como el perfecto "playboy" corriendo a ciento ochenta en su Austin Healey por La Corniche, pero nunca pensé que tuviese la serenidad suficiente para reflexionar. Sus palabras habían demostrado mi error. Gordon estaba tratando de justificar algo dentro de sí mediante la exposición de mis supuestas contradicciones.

—¿Ves claro? —continuó Gordon. —El horror al vacío te hace correr y para no aburrirte en el camino te fijas una meta a donde llegar, pero no es la meta la que te hace correr. La prueba es que cuando llegas a tu objetivo tienes que seguir y entonces te fijas otro. La conquista es circunstancial, la fuga es temporal, lo esencial es el vacío.

—Quiero otro trago —dijo Colette extendiendo la mano hacia la jarra. Se sirvió otro martini.

—La única vía para devenir un verdadero hombre es la inacción. Hay que acepta. las consecuencias del vacío. La inmovilidad es la única actitud sólida que puede oponerse al escape ¿Conoces alguno que lo haya hecho? Yo no.

—¿Y yo? —preguntó Margitte con interés.

—Tú, querida, te habrías suicidado hace tiempo si no existieran estilos. Te sientes superior porque puedes distinguir una voluta barroca de un sillón directorio. Has construído tu escudo y lo utilizas sin discreción. Vas a sentirte muy desconsolada cuando un día descubras que Rafael no es importante; no en el sentido en que tú crees. Quizás esa sea tu forma de escape.

Gordon puso sobre la mesa la copa que tenía entre las manos.

—Tú, pequeña Colette, eres la más inocente de todos nosotros. Estás en escena porque alguien te puso allí un día y no



sabes encontrar la salida. Si la hallas alguna vez vas a retornar aterrada.

Se volvió para mirar el fuego en la chimenea y dijo con voz reprimida, casi inaudible.

—¿Tú comprendes? El silencio me es insoportable. No tengo fuerzas para la inacción. Soy un débil.

Hundió la mano en el bolsillo de su saco y extrajo un pequeño revólver niquelado. Margitte me apretó fuertemente el brazo. Con un gesto resuelto Gordon apoyó el cañón contra su pecho y oprimió el gatillo. Un estampido resonó en el salón cerrado y el olor a pólvora se extendió rápidamente. Gordon cayó a lo largo frente a la chimenea. Colette corrió hacia la puerta. Estuvimos inmóviles unos segundos. Gordon se movió en el suelo, se incorporó sobre sus rodillas y se puso de pie apoyándose en la mesa.

—Estupenda representación. ¡Eh?

Margitte avanzó hacia él y lo abrazó. Colette vino del otro lado del salón y le pasó la mano por el pelo mientras sollozaba apagadamente. Yo me dejé caer en el sofá y encendí un cigarro.

—No podrán negar que estuvo bien hecho. Los impresioné a todos. ¿No?

—Lo conseguiste, Gordon —dije suspirando.

Se sentaron en el sofá frente a mí, Margitte con la cabeza apoyada en su hombro y Colette sollozante aún.

Mi primera hipótesis parecía confirmada. Sólo un neurótico hambriento de afecto podía recurrir a un extremo tal para llamar la atención. Por otra parte, pensé, las bromas pesadas son parte normal de la diversión de los muchachones de Antibes. De todas formas el "suicidio" había sido de pésimo gusto y demostraba una falta de consideración hacia nosotros.

—Me voy, Gordon —dije aplastando mi cigarro contra un cenicero.

—¿Por qué? Apenas empezamos a divertirnos. Espero que no te hayas molestado.

—No podría dormir ahora —dijo Margitte.

Gordon fue hacia el tocadiscos y puso una rumba. Volvió tomando a Margitte por la cintura y comenzó a saltar grotescamente por todo el salón. Sonó el timbre de la puerta y Gordon fue a abrir. Un anciano en bata de dormir musitó algunas palabras.

—¡Mais, rien! On s'amuse, c'est tout —dijo Gordon.

Cerró la puerta.

—Era el portero, explicó mientras tomaba a Margitte de nuevo por la cintura.

—Colette me preguntó: "¿Bailamos?"

Me puse de pie y la tomé del brazo. Bailamos discretamente en comparación a Gordon y Margitte.

—Hay que preparar más tragos —dijo Gordon.

Corrió a la cocina tomando la jarra al pasar junto a la mesa. Volvió al cabo de algunos minutos moviendo de nuevo la mezcla con la varilla de cristal. Sirvió las copas. La música terminó y el tocadiscos cambió automáticamente. Ahora escuchamos una zamba. Margitte se dirigió a un cuadro en un panel. Era una fiesta galante en Versalles.

—¿Boucher? —preguntó.

—No sé —contestó Gordon— pero no crea que sea original. Uno no pone originales en un apartamiento para alquilarlo amueblado. Ven a tomar un trago.

Nos acercamos a la mesa y bebimos a la salud de Gordon.

—Ahora que hemos recobrado nuestra tranquilidad, dijo Gordon, ¿qué habrían hecho ustedes si yo hubiese puesto una bala de verdad en ese revólver?

—Te habría llorado mucho —dijo Colette.

—Gracias, querida —replicó Gordon.

—Llamar a la policía —mintió Margitte.

—Era lógico. ¿Y tú, Sandro?

—Habría pensado que por una vez eras, sincero y fuerte.

Gordon no contestó. Por la seriedad de su rostro deduje que no esperaba una crítica de su broma. Contestó con deliberada sequedad:

—Para ti, esto ha sido una arlequinada.

—No... falta de sinceridad; no social, sinceridad contigo.

—¿Y...? —demandó Gordon.

—Cuando te sometiste a esa pequeña comedia para espantarnos te dejaste llevar por una histeria contenida que te transfiguró. Es el mismo fenómeno que le sucede a los actores que después de terminar Hamlet siguen llorando a Yorick una semana. Cuando empuñaste el revólver **realmente** creías que te suicidarías.

—No veo a dónde vas —dijo Gordon.

—Espera. Por utilizar tus propios términos, en aquél momento tú abandonaste la escena. Saltaste al vacío sin horror puesto que la transfiguración operada en ti llenó en un momento el vacío. Tú **creías** que te suicidarías y así estableciste un puente con tu circunstancia. Mi punto es el siguiente: por medio de una creencia **fabricada** en el rol que le toca desempeñar, uno puede poblar la nada. Dijiste que sólo se podía ser un verdadero hombre aceptando las consecuencias de la inmovilidad. Creo que sólo puede devenirse hombre aceptando las consecuencias de la acción, de la falsa acción, la única existente, que es impuesta por el medio.

—Pero eso es sustituir una actuación con otra. Seguimos en escena. ¿Dónde está el mundo genuino? ¿Dónde puede actuarse con convicción?

—La realidad está compuesta de pequeñas verdades privadas que son válidas para los que las crean. No hay realidad sino realidades.

—¿Alguien me da de beber? —demandó Colette.

Gordon le sirvió un martini. El tocadiscos dejaba oír un tema acompasado y sentimental.

—Vamos a bailar y dejen esa jerigonza —dijo Colette tomando a Gordon de un brazo.

Bailaron muy unidos. Margitte estaba en la biblioteca hojeando un libro de reproducciones. Me acosté en el sofá y aflojé el nudo de mi corbata. Me fui quedando dormido, oí la risa nerviosa de Colette y abrí los ojos. Gordon la llevaba en brazos, atravesó el salón y entró en su cuarto. Cerré los ojos de nuevo.

Me desperté con el ruido continuo que venía del cuarto de Gordon. Miré el reloj, eran las siete de la mañana pero aún no había amanecido. Una tímida luz grisácea se deslizaba a través de las cortinas. A través de la puerta entreabierta de la biblioteca vi a Margitte dormida en una butaca. Entré en la cocina y bebí un vaso de agua. Volví al salón, me senté en el sofá y encendí un cigarro. La puerta del cuarto se abrió y Gordon salió con una maleta que puso en el centro del salón.

—¿Antibes? —pregunté.

—New York.

—Por fin te decides.

—Definitivamente.

—Tendrás que pagar contribuciones puntualmente, asistir a misa los domingos.

—Lo aceptaré todo.

—No puedo estar equivocado, Gordon.

—Lo pensaré en el avión, pero la reacción estaba en proceso. La comedia de anoche fue un síntoma, la fórmula había cuajado.

—Si estás seguro...

—Hay que elegir en algún momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Margitte mientras se acercaba. Tenía los ojos semicerrados aún.

—Gordon vuelve a New York —dije.

—¿Y qué?

—¿Por qué no nos cocinan algo ustedes dos? —Dijo Gordon. En la cocina encontrarán lo necesario. Voy a ayudarlos en unos minutos.

—¡Bonjour! —gritó Colette desde el cuarto.

Me acerqué a la puerta. Estaba sentada en la cama cubriéndose con una sábana. El pelo largo y suelto le daba cierto aire atractivo.

—Bonjour, Colette —dije.

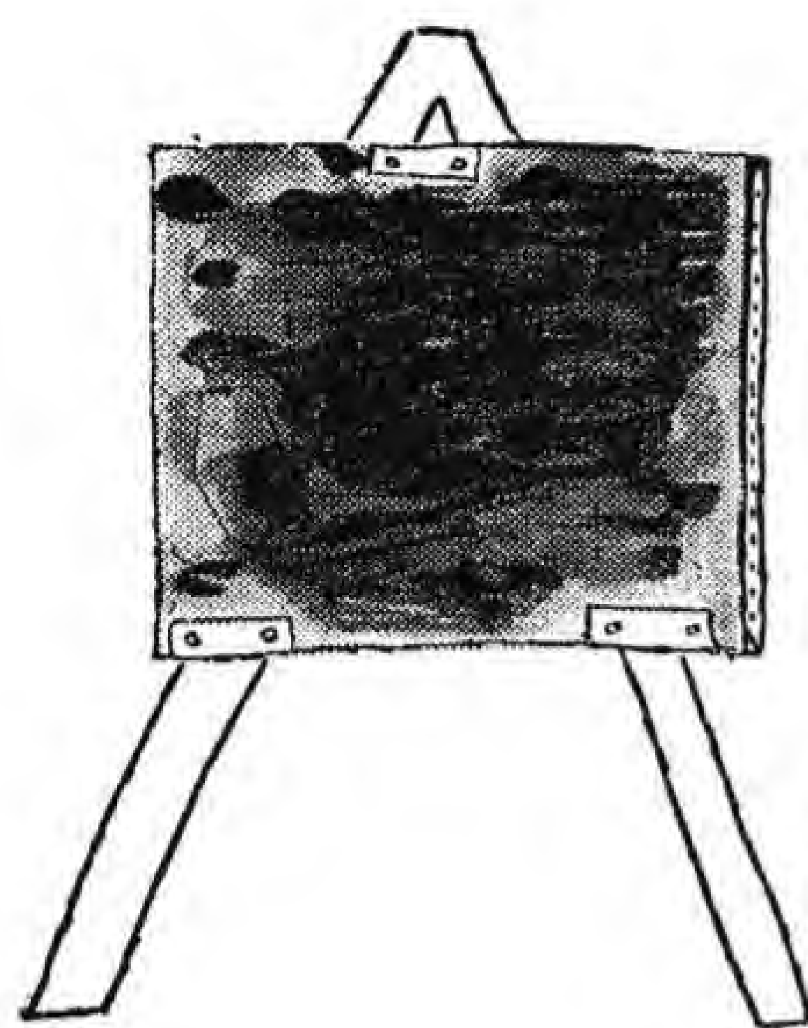
Volví a la cocina. Margitte estaba sacando unos huevos del refrigerador. Puse a calentar agua para el café. Gordon se nos unió un momento más tarde y cubrió con un mantel a cuadros la mesa de aluminio de la cocina. Dispuso cuatro puestos. Colette entró en la cocina anudándose el cinturón de una bata azul de Gordon.

Desayunamos con huevos fritos y jamón, café negro, tostadas, mermelada y mantequilla. Cuando estábamos terminando el sol entró por la ventana de la cocina.

—Va a hacer un buen día —dijo Gordon.

—Así parece —dije.

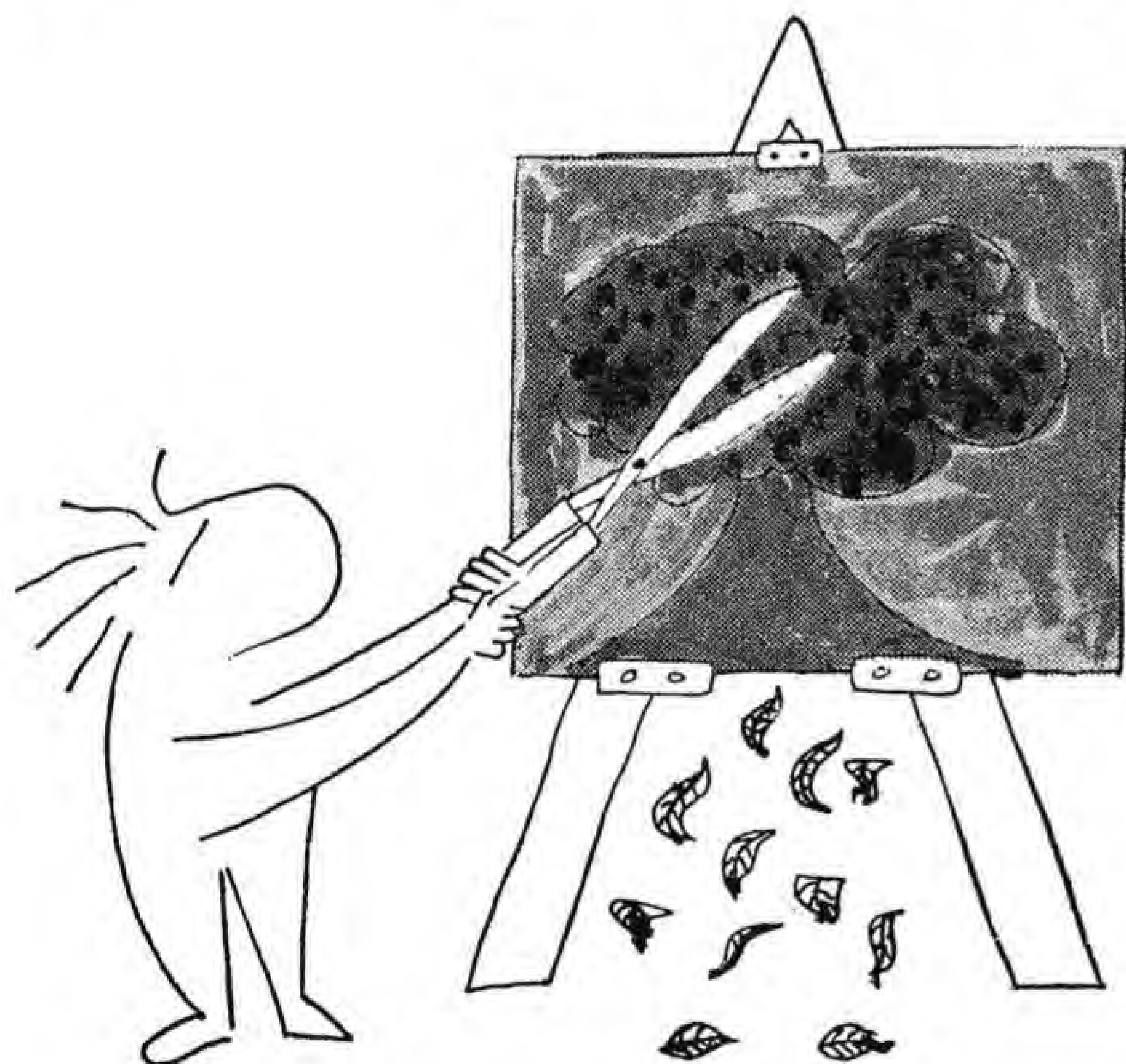
—París, 1955—

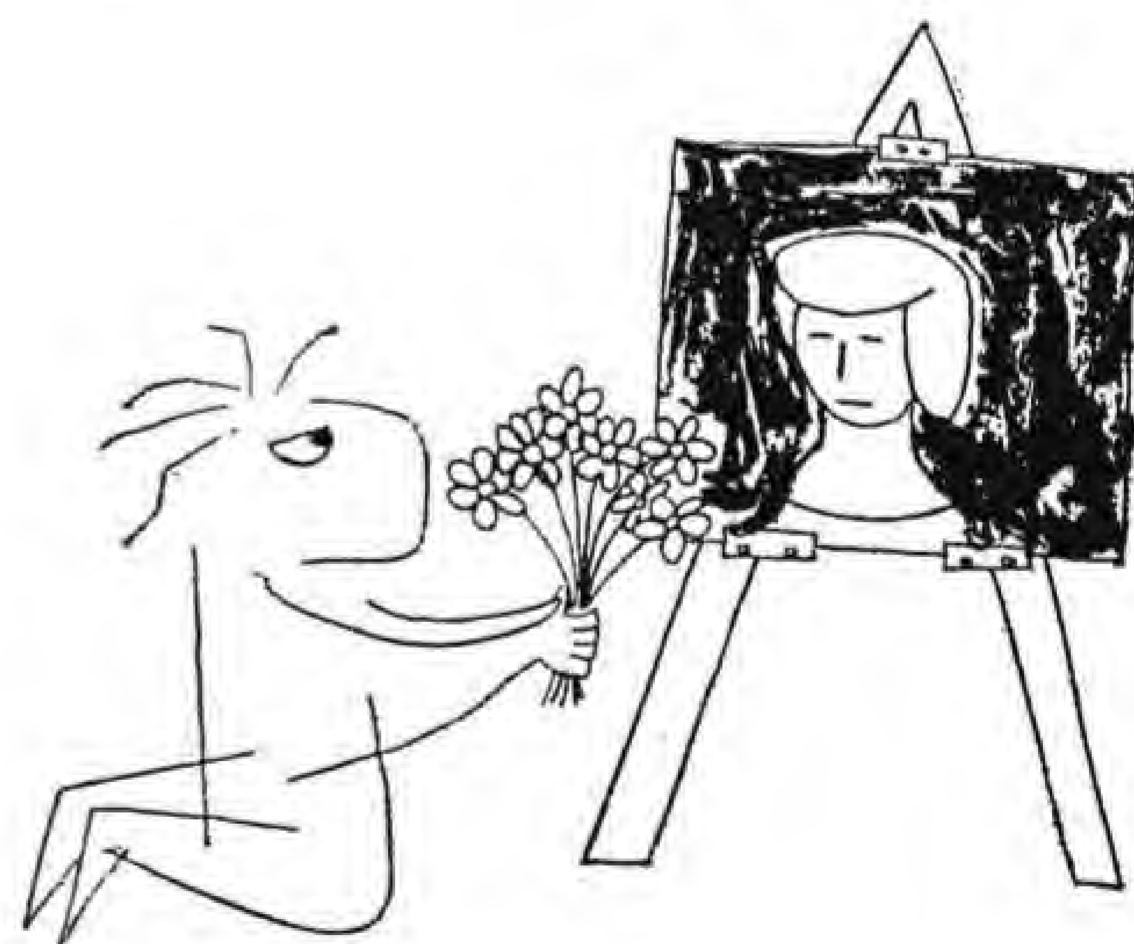




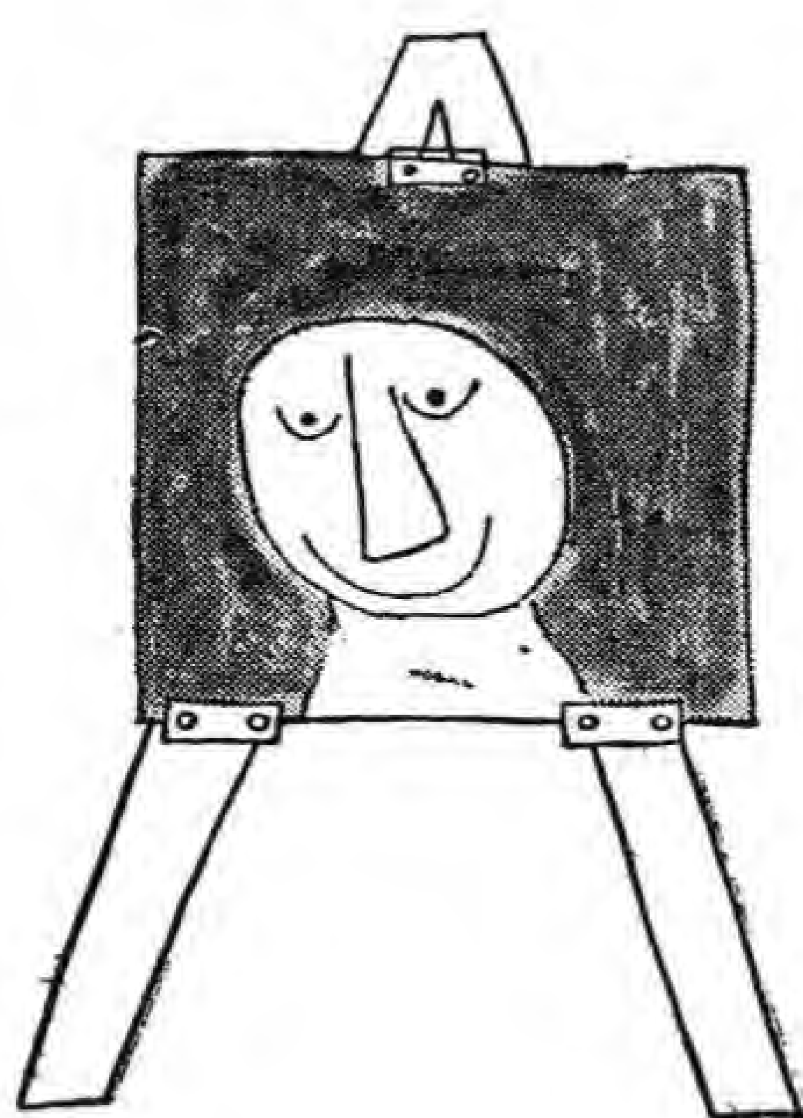
4 pintores

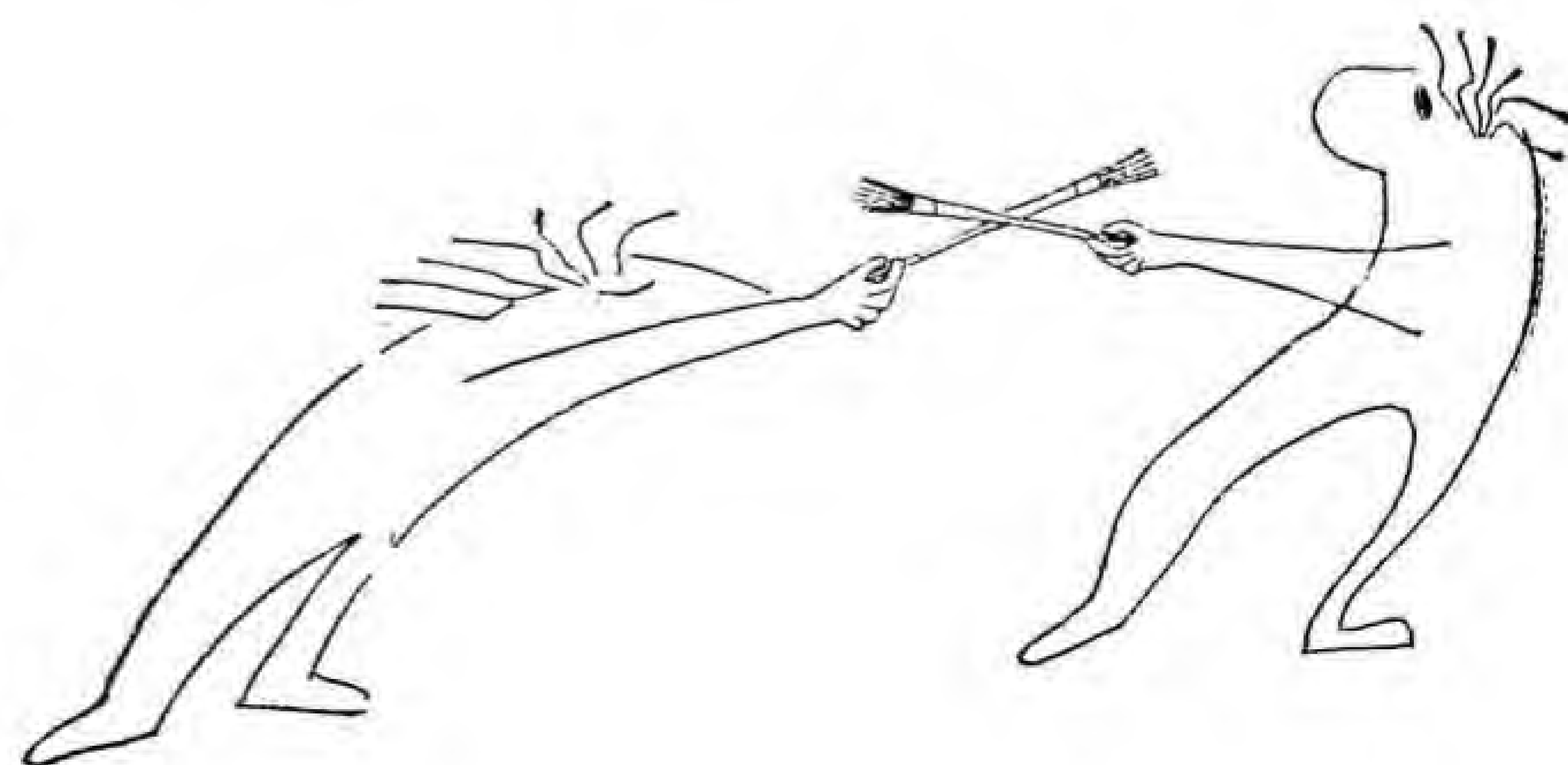












R



